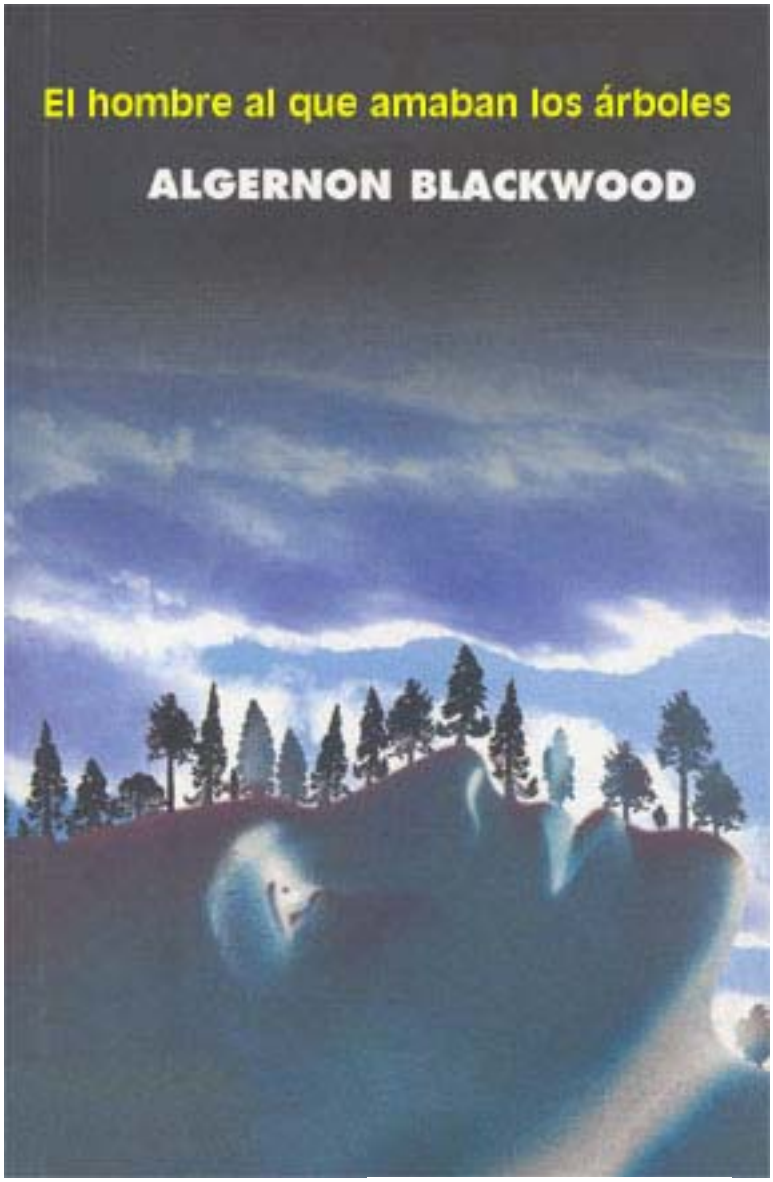
LIBRO dot.com

EL HOMBRE AL QUE AMABAN LOS ÁRBOLES

ALGERNON BLACKWOOD



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Pintaba árboles guiado por una intuición extraordinaria que le permitía adivinar sus cualidades esenciales. Los comprendía. Sabía, por ejemplo, por qué en un robledal cada individuo era completamente distinto de los demás, o por qué no había en el mundo entero dos hayas que fueran idénticas. La gente le invitaba a sus casas de campo para que les pintara su tilo o su abedul favorito, pues al igual que hay artistas capaces de captar la personalidad de un caballo, él sabía captar la personalidad de un árbol. Cómo se las arreglaba para conseguirlo era un verdadero misterio; carecía de formación pictórica, su dibujo era en extremo impreciso y, aunque su percepción de una Personalidad arbórea era vívida y certera, la representación que hacía de ella podía en ocasiones rayar en lo ridículo. Con todo, el carácter de un determinado árbol brotaba de sus pinceles lleno de vida: deslumbrante, adusto o soñador, según fuera el caso; cordial u hostil, bondadoso o perverso, lo cierto es que surgía.

No había ninguna otra cosa en el mundo que supiera pintar; las flores ylos paisajes los despachaba con unos cuantos borrones; era una auténtica nulidad cuando se trataba de pintar la figura humana y otro tanto le ocurría con los animales. A veces conseguía defenderse mejor con los cielos, o con el efecto del viento sobre el follaje; pero, por lo general, se abstenía por completo de incluir estos motivos en sus cuadros. Se limitaba a pintar árboles, obedeciendo sabiamente una intuición que venía guiada por el amor. Era verdaderamente fascinante aquella capacidad que tenía de hacer que un árbol pareciera casi un ser sensible. Era algo casi sobrenatural.

«Desde luego, este Sanderson sabe lo que se trae entre manos cuando pinta árboles», pensó el viejo David Bittacy, un antiguo funcionario del Departamento Forestal y miembro de la Honorable Orden del Baño. «¡Si es que casi se oye su murmullo! ¡Se le puede oler! ¡Se puede escuchar cómo gotea la lluvia entre las hojas! ¡Casi puede verse cómo se mueven las ramas; sentir cómo crece!» Era así como daba rienda suelta a su satisfacción, en parte para convencerse a sí mismo de que las veinte guineas que había pagado estaban bien empleadas (pues su mujer era de la opinión contraria), y en parte para explicarse la misteriosa sensación de vida que desprendía la imagen del viejo y espléndido cedro que colgaba enmarcada sobre la mesa de su estudio.

Lo cierto es que, por lo general, se tenía al señor Bittacy por un hombre de espíritu adusto, por no decir taciturno. Pocos eran los que habían descubierto en él aquella pasión secreta y tenaz por la naturaleza que se había ido forjando durante los años que había pasado en los bosques y junglas del Oriente. No era algo normal en un inglés, y puede que algo tuviera que ver en ello la presencia de un antepasado eurasiático en la familia. A escondidas, como si le causara cierta vergüenza, había mantenido viva una sensibilidad ante la belleza que no se correspondía con el tipo de persona que era y que sorprendía por su vigor. Eran los árboles, sobre todo, los que alimentaban esa sensibilidad. También él los comprendía y sentía, además, una sutil comunión con ellos, nacida quizá a lo largo de los años en que había vivido ocupándose de su cuidado -guardándolos, protegiéndolos, atendiéndolos-, años de soledad pasados bajo la sombra de aquellos seres descomunales. Como es natural, trataba de mantener aquella pasión en secreto, pues no ignoraba en qué clase de mundo vivía. También procuraba, en la medida de lo posible, ocultársela a su mujer. Sabía que era algo que se interponía entre los dos, algo que a ella le asustaba y a lo que se oponía. Pero lo que desconocía -o al menos no se daba plena cuenta de ello- era hasta qué punto su mujer captaba el poder que los árboles ejercían sobre su vida. Su temor,

pensaba, venía motivado simplemente por el recuerdo de los años que habían pasado en la India, cuando debido a su profesión, tenía que pasar varias semanas seguidas en la jungla lejos de su esposa, mientras ella se quedaba en casa imaginándose que a él le ocurrían todo tipo de desgracias. Ahí se encontraba, sin duda, la explicación de ese rechazo instintivo que le producía aquella pasión por los bosques; una pasión que desde entonces nunca le había abandonado y que seguía ejerciendo una gran influencia sobre él. Tal actitud era una secuela lógica de aquellos días de soledad en que había esperado angustiada el regreso de su marido sano y salvo.

Porque la señora Bittacy -hija de un pastor de la Iglesia Evangélica- era una mujer abnegada y, en la mayor parte de los casos, asumía con gusto el deber de hacer suyas las penas y las alegrías de su marido, hasta llegar incluso a anularse a sí misma. Tan sólo en aquel asunto de los árboles no había tenido tanto éxito como en los demás. Seguía siendo un tema en el que era dificil que se pusieran de acuerdo.

Él sabía, por ejemplo, que no era en realidad el precio que había pagado por el retrato del cedro lo que le había parecido mal a su mujer, sino la circunstancia de que dicha transacción pusiera de manifiesto de forma tan enojosa aquella brecha que existía entre sus intereses comunes; era la única que había entre ellos, pero era profunda.

Sanderson, el artista, no sacaba mucho dinero de su extraño talento. Cheques como aquél rara vez llegaban a sus manos y, si lo hacían, era muy de tarde en tarde. Los propietarios de árboles magníficos o interesantes que se tomaban la molestia de encargar que los pintaran individualmente eran muy escasos; y los «estudios» que realizaba por el puro placer de disfrutar pintándolos, los conservaba para su disfrute personal. Aunque le salieran compradores, no los vendía. Tan sólo los más íntimos de entre sus amigos llegaban en alguna ocasión a verlos, pues le disgustaba oír las críticas carentes de criterio de las personas que no entendían del tema. No es que le importara que se burlaran de su técnica -lo aceptaba con desdén- pero las observaciones sobre la personalidad de un árbol podían fácilmente herirle o enfurecerle. Cualquier comentario despectivo sobre ellos le ofendía, como si se tratara de un insulto dirigido a un amigo suyo que no pudiera defenderse por sí mismo. De forma inmediata se aprestaba para el combate.

-Es *verdaderamente* asombrosa esa capacidad que tiene usted de hacer que un ciprés parezca un ser dotado de personalidad, cuando en realidad todos los cipreses son *absolutamente* idénticos -dijo una mujer que se las daba de entendida.

Y aunque aquel halago intencionado había estado a punto de expresar la auténtica verdad, Sanderson enrojeció de ira, como si hubieran hecho un desaire a un amigo delante de sus propias narices. Bruscamente se cruzó delante de ella y puso el cuadro de cara a la pared.

-¡Es casi tan extraño como que *usted,* señora, suponga que su marido tiene una personalidad cuando lo cierto es que todos los hombres son *absolutamente* iguales! -respondió con malos modos, imitando el ridículo tono enfático que ella había empleado.

Dado que lo único que diferenciaba a su marido de la plebe era su dinero -razón por la cual ella había contraído aquel matrimonio- las relaciones de Sanderson con esa familia se acabaron en aquel preciso instante, y con ellas, cualquier expectativa de futuros encargos. Es posible que su susceptibilidad fuera un tanto morbosa. En cualquier caso, estaba claro que la forma de acceder a su corazón era por medio de los árboles. Incluso podría decirse que los amaba. Desde luego sacaba de ellos una inspiración espléndida; y criticar la fuente de inspiración de un hombre, sea ésta la música, la religión o una mujer, conlleva siempre ciertos riesgos.

-No sé querido, la verdad es que me parece un lujo excesivo, sobre todo cuando nos hace tanta falta un cortador de césped -dijo la señora Bittacy, en referencia al cheque del cedro-. Pero si te hacía tanta ilusión...

-Sabes, Sofía, me recuerda a cierto día hace ya mucho tiempo -replicó el viejo caballero, mirando orgulloso a su mujer y dirigiendo luego una mirada cariñosa al cuadro-. Me recuerda a otro árbol; a un prado de Kent en primavera, donde los pájaros cantaban entre las lilas, y a una persona con un vestido de muselina que esperaba pacientemente a la sombra de cierto cedro; no el del cuadro, ya lo sé, pero...

-No estaba esperando -replicó indignada-, estaba recogiendo piñas para encender la estufa del aula.

-Cariño, los cedros no dan piñas, y en mis años mozos al menos, no solían encenderse las estufas de las aulas en junio.

-Bueno, de todos modos, no es el mismo cedro.

-Pero ha hecho que le tenga cariño a todos los cedros y, además, me recuerda que sigues siendo la misma chiquilla de entonces -respondió.

Ella cruzó la habitación y se puso a su lado; juntos contemplaron a través de la ventana el jardín de su casa de Hampshire, donde se alzaba solitario el recortado perfil de un cedro del Líbano.

-Sigues siendo el mismo soñador de siempre -le dijo ella con dulzura-, y no me arrepiento en absoluto de lo del cheque, de verdad. Es sólo que habría resultado más auténtico si hubiera sido el mismo cedro.

-Hace mucho que lo derribó el viento. Pasé por ahí hará un año y ya no quedaba ni rastro de él -le respondió con ternura.

En ese momento, ella se soltó de su marido, se acercó a la pared y, con mucho tiento, se puso a quitar el polvo a aquel cuadro en el que Sanderson había retratado al cedro que ahora tenían en su jardín. Pasó su diminuto pañuelo alrededor de todo el marco, poniéndose de puntillas para alcanzar el borde superior.

«Lo que más me gusta es cómo consigue que parezca vivo», se dijo para sí el señor Bittacy, una vez que su mujer hubo abandonado la habitación. «Por supuesto que todos los árboles lo están, pero fue un cedro el que me enseñó por primera vez que los árboles poseen "algo' que les permite advertir mi presencia cuando estoy entre ellos y los observo. Supongo que si entonces lo sentí fue porque estaba enamorado, y el amor descubre vida en todas las cosas.» Echó un vistazo al cedro del Líbano, cuya figura se destacaba lóbrega y adusta entre las sombras del anochecer. Una expresión nostálgica pasó fugazmente por sus ojos. «Sí, Sanderson ha sabido verlo tal como es -musitó-; entregado con solemnidad al sueño de su existencia secreta y oscura frente al lindero del Bosque, y tan distinto de cualquier otro árbol de Kent como lo pueda ser yo... del vicario, por ejemplo. Además este árbol es un perfecto desconocido. En realidad no sé nada de él. Al otro cedro lo amé, pero a este viejo compañero lo respeto. Sin embargo, es un amigo; sí, en su conjunto expresa amistad. Ha sabido captar perfectamente esa sensación de amistad. Ha sabido verla. Me gustaría conocer mejor a ese hombre, añadió, me gustaría preguntarle cómo ha podido darse cuenta con tanta claridad de que ese árbol, aunque parezca sentir más apego por nosotros que por la densa espesura que tiene detrás, se alza entre la casa y el Bosque como si fuera una especie de mediador. De *eso* no me había dado cuenta antes. Pero ahora, a través de su mirada... lo veo. Ahí está, erguido como un centinela, protegiéndonos.»

Con un movimiento brusco se dio la vuelta para mirar por la ventana. Vio la masa de

oscuridad circundante del Bosque que bordeaba su pequeño jardín. Envuelto en tinieblas su cerco parecía aún más estrecho. La presencia en aquel lugar de aquel jardín tan cuidado, con sus arriates de flores dispuestos regularmente, resultaba casi una impertinencia: era como un pequeño insecto de vivos colores que pretendiera instalarse sobre un monstruo dormido, o una abigarrada mosca que bailoteara con descaro a la orilla de un gran río al que le bastaría lanzar la más mínima de sus ondas para engullirla. Sí, aquel Bosque, cuyo profundo ser se había ido esparciendo tras miles de años de crecimiento, era como una especie de monstruo durmiente. Su casa y su jardín se hallaban demasiado cerca de la extensión continua de sus labios. Y cuando los vientos soplaban con fuerza y levantaban sus sombrías faldas de color negro y púrpura... le encantaba sentir que el Bosque tenía una personalidad; siempre le había encantado.

«¡Es extraño -reflexionó-, es verdaderamente extraño que los árboles me transmitan la sensación de que poseen una vitalidad inmensa y oscura! Recuerdo haberla sentido sobre todo en la India, y también en los bosques de Canadá; pero nunca en los pequeños bosques ingleses, hasta que vine aquí. Y Sanderson es la única persona que conozco que también lo siente. Aunque nunca me lo haya dicho, ahí está la prueba.» Se volvió de nuevo hacia el cuadro que amaba. Al contemplarlo, sintió en su interior una inusitada descarga de vitalidad. «¡Dios mío, me pregunto si, si... un árbol, en el sentido estricto del término, está... vivo! -pensó- ¡Recuerdo que, hace mucho, un tipo que escribía libros me contó que hubo una época en que los árboles fueron seres capaces de desplazarse, como una especie de animales que, al permanecer durante mucho tiempo alimentándose, durmiendo, soñando o lo que fuera en un mismo lugar, habrían terminado por perder su facultad de movimiento...! »

Aquellos pensamientos fantásticos revoloteaban en desorden por su mente y, tras encender un puro, se dejó caer en un sillón junto a la ventana abierta y se abandonó a ellos.

Al otro extremo del jardín cantaban los mirlos entre los macizos de arbustos. Le llegaba el olor de la tierra, de los árboles, de las flores; el perfume del césped cortado y de los pequeños claros de matorral que crecían en el corazón del bosque. Entre las hojas soplaba una leve brisa veraniega. Pero el gran Bosque Nuevo apenas levantaba sus amplios faldones de sombras negras y purpúreas.

El señor Bittacy tenía un conocimiento detallado y profundo de cómo era aquella espesura por dentro. Conocía cada una de sus rojizas cañadas: salpicadas de ondulantes matas de tojo, impregnadas del dulce aroma del enebro y del mirto, y reluciendo con cristalinas charcas que miraban al cielo con ojos oscuros. Sobre ellas se cernían los halcones, volando en círculos durante horas, y revoloteaba el avefría, cuyo trinar, petulante y melancólico, ahondaba la sensación de quietud. Conocía los pinos solitarios -achaparrados, empenachados, vigorosos- que al más mínimo viento respondían con un canto; nómadas como los gitanos que levantaban bajo ellos sus tiendas semejantes a arbustos. Conocía los ponis lanudos, cuyos potros parecían crías de centauro; y los parlanchines arrendajos, y el meloso reclamo del cuco en primavera, y la algarabía de los avetoros que llegaba desde la soledad de los pantanos. También conocía al acebo que vigila entre la maleza, extraño y misterioso, lleno de una oscura y sugerente belleza, y el centelleo amarillento de sus pálidas hojas caídas.

Aquí todo el Bosque podía vivir y respirar seguro, a salvo de cualquier mutilación. La amenaza del hacha no perturba la paz de su vasta vida subconsciente ni el terror a las devastaciones de los seres humanos le afligía con el espanto de una muerte prematura. Se

sabía soberano y se desplegaba orgulloso, sin ningún recato. Sus copas no remataban en penachos que pudieran lanzar una señal de alarma, pues los vientos no avisaban de ningún peligro a aquel Bosque que se elevaba majestuoso hacia el sol y las estrellas.

Pero una vez que se dejaban atrás sus frondosos pórticos, los árboles de la campiña tenían que hacer frente a una situación muy diferente. Las casas los amenazaban; se sabían en peligro. Los caminos ya no eran veredas de silencioso césped, sino ruidosas y crueles vías que traían a hombres dispuestos a atacarles. Estaban civilizados, se les cuidaba; pero tan sólo para un día darles muerte. Incluso en los pueblos, donde el solemne e inmemorial reposo de los castaños gigantes remedaba una apariencia de seguridad, las sacudidas de un abedul, que ante la más mínima ráfaga de viento se golpeaba inquieto contra una de aquellas moles, traían un mensaje de advertencia. Las hojas del gigante estaban cubiertas de polvo. El hormigueo interno de su reposada existencia se había vuelto inaudible en medio del estridente y chirriante fragor del tráfico. Los árboles de la campiña anhelaban y suplicaban que se les dejara entrar en la gran Paz del Bosque, pero no podían moverse. Sabían, además, que el Bosque, desde su augusta y profunda majestad, no sentía por ellos sino conmiseración y desprecio. No eran más que una de esas cosas que se plantan en los jardines artificiales, pertenecían a la misma categoría que los arriates de flores, todos ellos forzados a crecer en una misma dirección...

«Me gustaría conocer mejor al artista ese. ¿Le importará a Sofia que venga a pasar algún tiempo con nosotros?»Aquella idea hizo que, finalmente, volviera a ocuparse de las cuestiones de la vida práctica. Al sonar el gong, se levantó, y tras quitarse la ceniza que le había caído encima, se estiró su chaleco moteado. Era un hombre de figura esbelta y enjuta, cuyos movimientos denotaban una gran energía. En aquella penumbra, de no ser por su bigote plateado, bien podría haber pasado por un hombre de unos cuarenta años.

«Al menos se lo voy a proponer», decidió mientras subía al piso de arriba para vestirse. En realidad, lo que estaba pensando era que, probablemente, Sanderson podría explicarle todo ese mundo de sensaciones que siempre le producían los árboles. Un hombre capaz de pintar así el alma de un cedro tenía que saberlo todo al respecto.

-¿Por qué no? -fue el veredicto que dio la señora Bittacy mientras tomaban un budín de pan-. Pero, ¿no crees que le aburrirá estar aquí sin más compañía que la nuestra?

-Se pasará el día pintando en el Bosque, querida. Además, me gustaría sonsacarle algunas cosas, si es que puedo manejarle.

-Tú puedes manejar a quien te propongas, David -fue su respuesta; pues aquel matrimonio sin hijos, y ya entrado en años, se trataba con una cortesía afectuosa que hacía mucho tiempo que había caído en desuso. Sin embargo, lo cierto es que aquel comentario la molestó e hizo que se sintiera tan inquieta que no prestó atención cuando su marido, sonriendo de placer y satisfacción, replicó: «Excepto a ti y a nuestra cuenta corriente».

Hacía mucho que aquella pasión por los árboles constituía su particular manzana de la discordia, aunque fuera una discordia muy leve. A ella le asustaba. Ésa era la verdad. En la Biblia, su guía para todo lo divino y lo humano, no se hacía mención alguna al respecto. Su marido, aunque le seguía la corriente, nunca lograba modificar ese temor instintivo. Podía llegar a tranquilizarla, pero nunca conseguía que cambiaran sus sentimientos. Para ella los bosques no eran más que unos lugares agradables para estar a la sombra o ir de merienda, pero, a diferencia de él, no los amaba.

Después de la cena, sentados en torno a una lámpara junto a la ventana abierta, él leía en voz alta el *Times,* que había venido con el correo de la tarde, seleccionando aquellos ex-

tractos que creía que a ella podrían resultarle de interés. Era una costumbre que se repetía todos los días excepto los domingos, cuando, para complacer a su esposa, leía soñolientamente algo de Tennyson o de Farrar, según fuera el estado de ánimo en que se encontraran. Mientras él leía, la señora Bittacy se ocupaba de su labor, le hacía algunas preguntas con mucha discreción, le decía que «leía con una voz muy bonita» y disfrutaba de los pequeños debates que a veces se suscitaban, porque él siempre la daba por vencedora con un: «¡Ah, Sofia!; nunca antes lo había contemplado desde *ese* ángulo, pero ahora que lo dices, tengo que reconocer que tienes bastante razón...».

Y es que David Bittacy era un hombre sensato. Fue mucho tiempo después de casarse, durante los meses de soledad que pasaba entre los árboles y los bosques de la India mientras ella le esperaba en el bungalow, cuando esa otra vertiente más profunda de su personalidad desarrolló aquella extraña pasión que su esposa no alcanzaba a comprender. Y tras dos intentos serios de compartirla con ella, se dio por vencido y aprendió a ocultársela. Esto es, aprendió a hablar del tema sólo de pasada; pues dado que ella sabía de su existencia, guardar un silencio absoluto al respecto no habría hecho sino aumentar su dolor. Por eso, de vez en cuando, trataba el asunto muy por encima con la única intención de dejarla que le mostrara en dónde radicaba su error y que llegase a creer que se había salido con la suya. Seguía siendo un terreno en el cual era muy problemático llegar a un acuerdo. Escuchaba pacientemente sus críticas, sus digresiones ysus temores, consciente de que, de esa manera, su esposa se daba por satisfecha sin que por ello él tuviera que cambiar en lo más mínimo. Se trataba de algo demasiado profundo yverdadero para que pudiera cambiar. Pero, para preservar la paz, era deseable que existiera algún punto de encuentro entre los dos, y era así como lo había conseguido.

Aquella manía religiosa heredada de su educación era el único defecto que a sus ojos tenía su mujer y, en realidad, tampoco era algo excesivamente grave. En ocasiones, una emoción profunda podía conseguir quitársela de la cabeza. Si se aferraba a ella era porque se trataba de algo que le había enseñado su padre, y no porque fuera fruto de sus propias reflexiones. De hecho, como suele ocurrirle a muchas mujeres, no se puede decir que «pensara» en el sentido estricto del término, sino que, más bien, se limitaba a reflejar un pensamiento ajeno al que se había acostumbrado. Así pues, como buen conocedor de la naturaleza humana, el viejo David Bittacy asumía el dolor de verse obligado a mantener una parte de su vida interior separada de la mujer a la que amaba profundamente. A su modo de ver, las pequeñas frases bíblicas que ella solía citar no eran más que rarezas que seguían adheridas a un alma, por lo demás grande y espléndida. Vendrían a ser como esos cuernos y demás adminículos inútiles que algunos animales no han perdido todavía en el curso de la evolución, aunque ya hayan dejado de cumplir cualquier función.

-¿Qué te ocurre, querido? ¡Me has asustado! -preguntó de pronto ella, irguiéndose en su asiento con tal brusquedad que su gorra le cayó a un lado hasta casi cubrirle una oreja. El crujir del periódico que ocultaba a David Bittacy había quedado interrumpido por una aguda exclamación de sorpresa. Había doblado la hoja y la miraba fijamente por encima de sus lentes dorados.

-Escucha esto, por favor -dijo con un tono de voz que denotaba entusiasmo-. Escucha esto, querida Sofía. Es parte de una disertación de Francis Darwin en la Royal Society. Ya sabes que es su presidente y, además, el hijo del gran Darwin. Escucha atentamente, te lo ruego. Es *muy* significativo.

-Ya te *estoy* escuchando, David -dijo con cierta perplejidad mientras alzaba la vista.

Interrumpió su labor y echó una rápida ojeada a su espalda. De pronto la habitación le parecía cambiada. Aquella sensación la despabiló del todo, pues hasta hacía un instante había estado adormilada. Eran la voz y la actitud de su marido las que habían introducido aquel cambio. Sus instintos se pusieron alerta.

-Venga, léelo de una vez, querido.

El señor Bittacy respiró profundamente y, antes de empezar, volvió a mirar por encima del borde de sus gafas para cerciorarse de que le prestaba atención. Era evidente que se había topado con algo de verdadero interés; aunque a ella, particularmente, los pasajes de esas «disertaciones» solían resultarle bastante pesados.

Comenzó a leer con voz profunda y enfática.

-«Es imposible saber si las plantas poseen o no conciencia; pero está en concordancia con la doctrina de la continuidad que en todos los seres vivos haya un componente psíquico, y si aceptamos este punto de vista...»

-Si... -le interrumpió ella, olfateando el peligro.

Estaba tan acostumbrado a esas interrupciones, que la pasó por alto sin darle la más mínima importancia.

-«Si aceptamos este punto de vista -prosiguió-, hemos de creer que en las plantas existe, cuando menos, un ligero reflejo *de lo que entendemos por consciencia.»*

Dejó el periódico y la miró fijamente. Sus miradas se encontraron. Había subrayado la última frase.

Durante uno o dos minutos ella ni replicó ni hizo comentario alguno. Se quedaron mirándose el uno al otro en silencio. El señor Bittacy esperó a que su esposa asimilara el enorme alcance de aquellas palabras. Después, bajó la vista, y leyó de nuevo una parte de las mismas, mientras ella, viéndose libre de aquella mirada penetrante y extraña, volvía a echar instintivamente un vistazo a su espalda. Tenía casi la sensación de que alguien había entrado en la habitación sin que ellos se dieran cuenta.

-«Hemos de creer que en las plantas existe, cuando menos, un ligero reflejo de lo que entendemos por consciencia.»

-Si... -repitió ella sin mucha convicción, pues sentía que tenía que decir algo ante la mirada insistente de aquellos ojos escrutadores, aunque todavía no hubiera conseguido ordenar del todo sus ideas.

-*Conciencia* -repuso. Y después añadió con seriedad-: Esto, querida, es lo que afirma un científico del siglo XX.

La señora Bittacy se inclinó hacia delante, de tal modo que los volantes de seda de su vestido produjeron un crujido más sonoro aún que el del periódico. Hizo un ruido característico -mitad resoplido, mitad resuello- juntó los pies, y puso las manos sobre las rodillas.

-David, a mí me parece que lo que le pasa a esos científicos es que han perdido la cabeza -dijo en voz baja-. Que yo sepa la Biblia no dice absolutamente nada de eso.

-No, Sofía, tampoco yo recuerdo que diga nada -respondió con paciencia. Después, tras una pausa, añadió como si hablara consigo mismo y no con ella-: Ahora que lo pienso, Sanderson me dijo en cierta ocasión algo muy similar.

-En tal caso, el señor Sanderson es un hombre sensato y juicioso; y si dijo eso, también una persona de fiar -se apresuró a decir su mujer.

Creía que su marido se refería al comentario que ella había hecho sobre la Biblia y no a su valoración de los científicos. No la sacó de su error.

-Además, querido, una planta no es lo mismo que un árbol -le dijo tratando de arrimar el

ascua a su sardina-. No tienen nada que ver, no señor.

-Es cierto, pero ambos pertenecen al gran reino vegetal -dijo David con tranquilidad.

Se produjo una breve pausa antes de que ella respondiera.

-¡Bah, valiente cosa es eso del gran reino vegetal! -exclamó mientras sacudía su bonita cabeza. En sus palabras había tal grado de desprecio que, de haberlas escuchado el propio reino vegetal, bien podría haberse sentido avergonzado de cubrir un tercio del mundo con su prodigiosa maraña de raíces y ramas, con sus delicadas y temblorosas hojas, y sus millones de copas que atrapan el sol, el viento y la lluvia. Su propio derecho a existir había sido puesto en entredicho.

2

Según lo convenido, se invitó a Sanderson y, en conjunto, su breve estancia fue un éxito. Que aceptara aquella invitación constituyó un auténtico misterio para todos lo que se enteraron de ello, pues nunca hacía visitas y, sin duda, no pertenecía a ese tipo de personas que tratan de halagar a los clientes. Tenía que haber visto algo en el señor Bittacy que le había agradado.

La verdad es que la señora Bittacy se alegró de verle marchar. En primer lugar, no había traído traje de etiqueta, ni tan siquiera una chaqueta de esmoquin; usaba unos cuellos excesivamente bajos *y* unas corbatas grandes *y* sueltas, al estilo francés; y, además, llevaba el pelo demasiado largo para su gusto. No es que aquellas cosas tuvieran mucha importancia, pero consideraba que eran indicios de que en aquel hombre había algo un tanto anómalo. ¡Qué necesidad había de llevar las corbatas tan sueltas!

De todos modos era un hombre muy interesante y, a pesar de sus excentricidades en el vestir y de algunas otras cosas, todo un caballero. «Quizá -meditaba la señora Bittacy en su corazón auténticamente generoso-, las veinte guineas son para una buena causa, ¡atender a una hermana inválida o a su anciana madre!» No tenía ni idea de lo que costaban los pinceles, los bastidores, las pinturas y los lienzos. Los hermosos ojos azules del artista y su contagioso entusiasmo también hacían más fácil pasar por alto otros detalles. ¡Había tantos hombres de treinta años que ya estaban desencantados de todo!

En cualquier caso, cuando terminó su estancia se sintió aliviada. Ella no mencionó para nada la posibilidad de una segunda visita, y advirtió con satisfacción que tampoco su marido parecía haber hecho ninguna sugerencia al respecto. Porque, a decir verdad, la forma que tenía aquel joven de acaparar la atención del hombre de más edad -haciéndole pasar horas y horas en el Bosque, reteniéndole en el jardín para hablar a pleno sol o cuando la humedad del crepúsculo se filtraba desde los bosques, sin tener para nada en cuenta su edad o sus hábitos- no le hacía ni la más mínima gracia. Naturalmente, el señor Sanderson no podía imaginar la facilidad con que se reproducían los accesos de las fiebres indias, aunque- ahora que lo pensaba- era bastante probable que David se lo hubiera mencionado.

Se pasaban hablando de árboles de la mañana a la noche; y aquello hizo que la señora Bittacy volviera a descubrir dentro de sí esa antigua senda de terror subconsciente que, invariablemente, conducía a la oscuridad de los grandes bosques. Tales sentimientos, como le había enseñado su temprana formación evangélica, constituían una tentación. Contemplarlos desde cualquier otro ángulo era jugar con fuego.

Mientras miraba a aquellos dos hombres, sintió cómo su mente se poblaba de extraños

temores que, al resultarle incomprensibles, la asustaban todavía más. Le parecía una insensatez tomarse tanto interés por aquel cedro viejo y roñoso. Hacerlo suponía ignorar el sentido de la medida que la divinidad había instaurado en el mundo para guiar al hombre por el buen camino.

Incluso después de cenar tenían que salir a fumarse los puros sentados en aquellas ramas bajas que se inclinaban hasta tocar el césped. Finalmente, se decidió a apremiarles para que entraran dentro. Había oído decir que los cedros no eran seguros después de la puesta de sol; que no era bueno estar demasiado cerca de ellos; y que dormir a su sombra hasta podía resultar peligroso, aunque no recordaba muy bien en qué consistía el peligro. Confundía el cedro con la upa.

En cualquier caso llamó a David para que entrara, y poco después, vino también Sanderson.

Antes de tomar tan drástica medida, había estado un buen rato observando en secreto a su marido y al huésped desde la ventana del salón. El crepúsculo les envolvía con su húmedo velo de gasa. Distinguía el resplandor de la punta de los puros y oía el sonsonete de sus voces. Los murciélagos revoloteaban por encima de ellos y las mariposas nocturnas, grandes y silenciosas, zumbaban suavemente entre las flores de los rododendros. Mientras les observaba, se le ocurrió de pronto que en los últimos días encontraba cambiado a su marido; en concreto desde la llegada del señor Sanderson. Se le notaba distinto, aunque no sabía precisar en qué consistía aquella diferencia. Lo cierto es que no estaba muy segura de querer averiguarlo. Aquel miedo instintivo volvía a actuar sobre ella. Siempre y cuando se tratase de un cambio pasajero prefería no saber nada. Claro que había algunos detalles en los que sí que se había fijado; algunos pequeños signos externos. Por ejemplo, había dejado de leer el *Times* y ya no se ponía sus chalecos moteados. A veces parecía como despistado y mostraba cierta desidia en las cuestiones prácticas, cuando antes se había mostrado siempre lleno de iniciativa. Y además... había vuelto a hablar en sueños.

Ésta -y una docena más de pequeñas rarezas- le vinieron repentinamente a la cabeza con todo el ímpetu de un ataque combinado. Al pensar en ellas sentía una vaga angustia que hacía que se estremeciera. Mientras sus ojos trataban de distinguir a la luz del crepúsculo a aquellas dos oscuras figuras, cubiertas por el cedro y con el Bosque justo a sus espaldas, su mente iba pasando del sobresalto a la confusión. Había sido entonces, cuando sin darle tiempo a pensar ni a buscar ese consejo interior al que siempre solía acudir, pasó por su cerebro como una centella un susurro sofocado y apremiante: «Esto es cosa del señor Sanderson. ¡Llama a David y dile que venga inmediatamente! »

Y eso era precisamente lo que había hecho. Su voz aguda cruzó el jardín y se perdió en el Bosque que rápidamente la silenció. No le devolvió ningún eco. Su sonido se estrelló contra aquella muralla formada por miles de árboles vigilantes.

-Esta humedad se le mete a uno en los huesos, incluso en verano -murmuró cuando, obedeciéndola, llegaron los dos-. Estaba un tanto sorprendida de su propia audacia, y también algo arrepentida. Habían acudido dócilmente a su llamada-. Verá, mi marido es muy sensible a las fiebres del Oriente. No, *por favor,* no apaguen los puros. Podemos sentarnos junto a la ventana abierta y disfrutar del atardecer mientras ustedes siguen fumando.

Durante un rato ese nerviosismo subconsciente hizo que se mostrara muy locuaz.

-Se respira tanta tranquilidad; una tranquilidad tan maravillosa... -prosiguió, en vista de que nadie hablaba-. Hay tanta paz, *y* el aire es tan dulce... *y* Dios siempre está cerca de aquellos que necesitan su ayuda -aquellas palabras se le habían escapado sin que se diera

plena cuenta de lo que estaba diciendo, aunque, afortunadamente, pudo bajar la voz a tiempo y nadie las oyó. Puede que fueran una expresión instintiva de alivio. El mero hecho de haberse atrevido a decirlas le ponía nerviosa.

Sanderson le trajo el chal y la ayudó a colocar las sillas; y ella, tras darle las gracias con aquellos modales corteses y anticuados, declinó su ofrecimiento de encender las luces.

-¡Creo que atraen a las mariposas y a los insectos!

Los tres se sentaron a la luz del ocaso. El bigote blanco del señor Bittacy y el chal amarillo de su esposa relucían en cada uno de los extremos de la herradura que formaba el grupo; Sanderson, con su cabello negro todo revuelto y sus ojos brillantes, se sentaba entre ambos. El pintor siguió hablando en voz baja, evidentemente continuaba la conversación que había iniciado con su anfitrión bajo el cedro. La señora Bittacy, en estado de alerta, le escuchaba... llena de inquietud.

-Verá, los árboles tienden a ocultarse durante el día. Tan sólo se revelan plenamente una vez que el sol se ha puesto. Nunca sé cómo es un árbol -y en aquel momento se inclinó ligeramente hacia la señora de la casa como disculpándose por decir algo que quizá pudiera molestarla o resultarle difícil de comprender- hasta que lo he visto de noche. Pongamos por caso su cedro -dijo, dirigiéndose de nuevo a su marido, de modo que la señora Bittacy pudo captar el destello de sus ojos al volverse-. Al principio fracasé con él, porque lo pinté de día. Ya verá mañana lo que quiero decir; aún conservo el primer bosquejo arriba en mi carpeta; es un árbol completamente distinto del que usted compró. Esa imagen la capté de noche, a eso de las dos de la madrugada, bajo la tenue luz de la luna y la estrellas -inclinándose hacia delante y bajando el tono de voz, añadió-: Entonces vi su ser desnudo...

-¡Señor Sanderson, no me diga que salió usted a esas horas! -exclamó la vieja señora con un tono en el que se combinaban la estupefacción y un ligero matiz de reproche. El adjetivo que había empleado el pintor no había sido precisamente de su agrado.

-Me temo que a lo mejor me tomé una libertad excesiva, considerando que estoy en casa ajena -respondió cortésmente-. Pero me desperté a esa hora por casualidad, vi el árbol por la ventana, y bajé.

-Tuvo suerte de que Boxer no le mordiera; duerme suelto en el salón -dijo ella.

-Nada de eso. El perro salió conmigo. Confío en que el ruido no les molestara -añadió-. Aunque me temo que ya es un poco tarde para pedir disculpas. De todos modos, no sabe cuánto lo siento. -El destello de sus blancos dientes en medio de la oscuridad indicaba que sonreía. Un olor a tierra y a flores entró por la ventana impulsado por una corriente de aire.

La Señora Bittacy no dijo nada de momento.

-Los dos dormimos como troncos -apuntó su marido con una carcajada-. Pero, la verdad, señor Sanderson, es usted un hombre valiente; y válgame Dios, ese cuadro lo justifica todo. Pocos artistas se hubieran tomado tantas molestias, aunque creo haber leído en cierta ocasión que Holman Hunt, Rossetti, o algún otro de aquel grupo, se pasó toda una noche pintando en su jardín para conseguir un efecto de claro de luna.

El señor Bittacy siguió hablando. A su mujer le reconfortaba oír su voz; hacía que se sintiera más tranquila. Pero, al cabo de un rato, el artista volvió a tomar la palabra, y a la señora Bittacy le invadieron de nuevo los pensamientos sombríos y los recelos. Sentía un temor instintivo al efecto que aquellas palabras pudieran tener en su marido. Los misterios y las maravillas que esconden los bosques, las espesuras y todas las grandes concentraciones de árboles se volvían patentes y reales mientras hablaba.

-De una u otra forma la noche lo transfigura todo -dijo el artista-, pero nada de manera

tan profunda como los árboles. Emergen desde detrás del velo que les cubre durante el día y se muestran tal como son. Es algo que, en cierto modo, les ocurre incluso a los edificios, pero con los árboles es más evidente. De día duermen y de noche despiertan, se manifiestan, se vuelven activos... ¡viven! ¿Recuerda usted lo bien que lo entendió Henley? -dijo, volviéndose de nuevo hacia su anfitriona.

-¿No se referirá usted al socialista ese? -inquirió la señora. La entonación que había dado a aquel sustantivo hacía que sonara a algo delictivo. Lo había pronunciado con una especie de siseo.

-Pues sí, al poeta, al amigo de Stevenson; ya sabe, Stevenson, el que escribió esos encantadores poemas infantiles -respondió el artista con mucho tacto.

Recitó en voz baja los versos a los que había hecho referencia. Por una vez, se trataba del momento, el lugar y el escenario adecuados, todo a una. Las palabras flotaban a través del jardín hacia aquel muro de oscuridad azul que se levantaba donde la curva interminable del gran Bosque rozaba al pequeño jardín como si se tratara de un litoral. Desde la distancia un rumor similar al del oleaje acompañaba a su voz, era como si el viento también se regocijara al oírle:

No será a la mirada del Día,
por más que con obstinada insistencia
lo demande su violenta y poderosa voz,
a quien esas dulces criaturas, inmensas y multitudinarias
-los árboles, los centinelas de Dios-
revelen su colosal e inefable identidad.

.....

Mas al oír el mandato de la Noche
-la Noche, antigua y sacerdotal;
la Noche de múltiples secretos, cuyo efecto
transfigurador, iniciático y pavoroso
sólo ellos perciben en su totalidad-
tiemblan y se transforman.
Huraña y amenazadora,
ignota y esencial, brota en cada uno de ellos
su alma individual;
y sus presencias corpóreas,
imbuidas de desaforada transcendencia,
vistiendo la oscuridad cual librea
de una misteriosa y formidable hermandad,
se ciernen amenazantes, terroríficas.

Fue finalmente la voz de la señora Bittacy la que rompió el silencio que siguió a la declamación del poema.

-Me ha gustado la parte que habla de los centinelas de Dios -susurró.

En su voz no se apreciaba aspereza alguna; sonaba apagada y tranquila. La verdad que aquellos versos expresaban con tanta musicalidad había hecho enmudecer la estridencia de

sus reparos, aunque no por eso hubiera disminuido su inquietud. Su marido no hizo ningún comentario; la señora Bittacy se fijó en que tenía el puro apagado.

-Concretamente los árboles viejos -prosiguió el artista, como si hablara para sí- suelen tener una personalidad muy marcada. Se les puede ofender, herir o agradar; desde el momento en que uno se encuentra bajo su sombra se siente si se acercan o se retraen -se volvió bruscamente hacia su anfitrión-. Sin duda usted conoce el singular ensayo de Prentice Mulford, «Dios en los árboles». Puede que sea un tanto extravagante, pero es de una belleza formidable. ¿No lo ha leído usted?

Pero fue la señora Bittacy quien respondió; curiosamente, su marido seguía sumido en un profundo silencio.

-¡Yo nunca! -Aquella exclamación brotó como un chorro de agua fría desde aquel rostro embozado en el chal amarillo. Hasta un niño habría sabido completar el resto del pensamiento que había quedado sin expresar.

-Pero Dios *está* en los árboles -dijo suavemente Sanderson-. Al menos un aspecto de Dios muy sutil, y a veces -sé por propia experiencia que los árboles también pueden expresar eso- algo que *no* es Dios; algo oscuro *y* terrible. ¿No se ha fijado alguna vez con qué claridad los árboles expresan sus deseos o, por lo menos, eligen a sus compañeros? ¿Cómo las hayas, por ejemplo, no dejan que la vida se desarrolle en sus proximidades, cómo alejan de sus ramas a los pájaros y a las ardillas y no permiten que nada crezca bajo ellas? ¡El silencio de un bosque de hayas puede llegar a ser aterrador!

¿No se ha dado cuenta de que a los pinos les agrada tener matas de arándanos a sus pies, incluso pequeños robles? ¿Cómo cada árbol escoge a sus compañeros con sumo cuidado y claridad, ateniéndose siempre a unas mismas pautas? Y por supuesto, también hay árboles -es algo verdaderamente extraño y notable- que prefieren la compañía humana.

La vieja señora se enderezó ruidosamente en la silla; aquello era más de lo que estaba dispuesta a tolerar. Su tieso vestido de seda parecía emitir pequeñas detonaciones.

-Sabemos, pues así se nos ha dicho -respondió-, que Él paseó por el jardín a la brisa de la tarde -el nerviosismo con que tragó saliva denotaba el esfuerzo que le estaba costando hablar-. Pero en ningún sitio se habla de que se escondiera en los árboles ni nada que se le parezca. Al fin y al cabo, no debemos olvidar que los árboles no son más que plantas grandes.

-Es cierto, pero todo lo que crece tiene vida; es decir, posee un misterio que desafía todo intento de desentrañarlo -respondió con suavidad-. Me atrevo a asegurar que el prodigio que se oculta en nuestras propias almas también puede esconderse tras la estupidez y el mutismo de una vulgar patata.

Aquella observación no pretendía ser graciosa. De hecho *no* hizo ninguna gracia. Nadie se rió. Al contrario, aquellas palabras transmitían, casi demasiado literalmente, el sentimiento que se cernía sobre la conversación. Aunque cada uno experimentara una sensación distinta -de belleza, de fascinación o de alarma-, todos los presentes se daban cuenta de que, de algún modo, la conversación había hecho que el reino vegetal en su conjunto se encontrara más próximo al de los seres humanos. Se había establecido una especie de nexo entre ambos. No era muy sensato hablar de forma tan directa cuando el Gran Bosque les escuchaba a las mismas puertas de la casa. Mientras lo hacían, el Bosque parecía aproximarse.

La señora Bittacy, deseosa de romper aquel horrible hechizo, trató de conjurarlo súbitamente con una sugerencia de carácter práctico. No le gustaba el prolongado silencio

de su marido, su quietud. Se le notaba muy cambiado y con una actitud muy negativa.

-David, me parece que ya sientes la humedad -dijo alzando la voz-. Empieza a hacer frío. Ya sabes lo rápido que te vienen las fiebres, creo que lo más sensato será traer la tintura. Iré a por ella inmediatamente, querido. Será lo mejor. -Y antes de que pudiera objetar nada, abandonó la habitación para traer una de aquellas dosis homeopáticas en las que ella tenía tanta fe, y de las que su marido, con objeto de agradarla, se tomaba un vaso entero cada semana.

Una vez que salió y cerró la puerta, Sanderson empezó a hablar de nuevo, aunque ahora en un tono muy distinto. El señor Bittacy se retrepó en su silla. Era evidente que los dos hombres se disponían a reanudar la conversación -la verdadera conversación que se había visto interrumpida cuando estaban bajo el cedro- dejando a un lado aquella parodia que no había sido más que una treta para distraer la atención de la vieja dama.

-Los árboles le aman, de eso no cabe duda -dijo con mucha gravedad-. El servicio que les prestó durante todos esos años que pasó en el extranjero ha hecho que le conozcan.

-¿Que me conozcan?

-Así es -hizo una breve pausa y añadió-: Ha hecho que *sean conscientes de su presencia;* conscientes de que existe una fuerza externa a ellos que, de manera explícita, busca su bienestar, ¿no se da cuenta?

-¡Dios mío, Sanderson...! Eso que dice expresa en un lenguaje muy claro algunas sensaciones que nunca antes me había atrevido a formular en palabras. Sería un poco como si trataran de ponerse en contacto conmigo, ¿no? -se aventuró a decir, riéndose de su propia frase, aunque su risa no pasó de sus labios.

-Exactamente -respondió al instante con rotundidad-. Tratan de fundirse con aquello que, de forma instintiva, sienten que es bueno para ellos, que puede serles útil a su ser esencial, favorecer su mejor expresión... su vida.

-¡Por Dios, caballero! -se oyó decir Bittacy a sí mismo-. Está usted expresando con palabras mis pensamientos. Sabe, hace años que siento algo parecido. Es como si... -miró a su alrededor para asegurarse de que su mujer no estaba presente y concluyó la frase-: como si los árboles fueran a por mí.

-«Amalgamamiento» quizá sea el término más adecuado -dijo Sanderson lentamente-. Quieren arrastrarle hacia ellos. Verá, las fuerzas del Bien siempre aspiran a unir; las del Mal a separar. Por eso, finalmente, el Bien suele imponerse... siempre. A la larga, la acumulación de fuerzas lo hace invencible. El Mal tiende a la separación, a la disolución, a la muerte. El carácter gregario de los árboles, ese instinto que les lleva a agruparse, es un símbolo de vida. Los árboles en grupo son benignos; aislados -al menos por lo generalson... digamos que peligrosos. Fíjese en la araucaria, o mejor aún, en el acebo. Fíjese en él, obsérvelo atentamente y trate de comprenderlo. ¿Ha visto alguna vez una encarnación más evidente de un pensamiento maligno? Son perversos. Hermosos también, ¡desde luego! A menudo el Mal posee una extraña y equívoca belleza...

-¿Entonces, el cedro...?

-No, no es maligno; más bien raro. Los cedros suelen formar bosques. Este pobre desgraciado se ha perdido, eso es todo.

Se estaban adentrando en un terreno muy profundo. Sanderson, que sabía que el tiempo corría en su contra, hablaba a toda velocidad. Todo estaba demasiado condensado. Bittacy apenas había podido seguir el hilo de lo último que había dicho. No tenía las ideas tan claras y tan ordenadas como el artista, y su mente avanzaba a trompicones; pero, de pronto,

una nueva frase de Sanderson le sorprendió tanto que captó toda su atención.

-Sin embargo, ese cedro que tienen ahí le protegerá; ustedes dos lo han humanizado al pensar en él con tanto cariño. En cierto modo es como si los demás árboles no pudieran sobrepasarlo.

-¡Protegerme! -exclamó- ¿Protegerme de su amor?

Sanderson se rió.

-Me parece que nos estamos embarullando un poco -dijo-. Estamos hablando de esto utilizando unos términos que, en realidad, no se le pueden aplicar. Mire, lo que quiero decir es que el amor que sienten por usted, esa «conciencia» que tienen de su personalidad y de su presencia, entraña también el deseo de ganarle a usted -de hacerle cruzar la frontera- y llevarle con ellos a la esfera en que se desarrolla su vida. Entraña, por así decirlo, apoderarse de usted.

Las ideas del artista circulaban vertiginosas por su mente. Era como si, de pronto, un laberinto hubiera adquirido movimiento. Los giros de sus intrincadas líneas le confundían. Iban tan rápidas que tan sólo le daban una explicación parcial de cuál era su destino. Seguía primero una, después otra, pero siempre que trataba de orientarse surgía a toda velocidad una nueva línea que le interceptaba antes de que pudiera llegar a alguna parte.

-Pero la India está muy lejos de este bosquecillo inglés -dijo al cabo de un rato en voz más baja-. Y además, los árboles, ¿no son acaso completamente distintos?

El frufrú de una falda le avisó que la señora Bittacy se acercaba. Afortunadamente aquella era una frase a la que podía dar un significado distinto en caso de que se presentara de golpe y pidiera una explicación.

-Existe una comunión entre los árboles a lo largo y ancho de todo el mundo -fue su extraña y apresurada respuesta-. Siempre lo saben.

-¡Siempre lo saben! ¿Entonces, cree que...?

-¡Son los vientos... esos grandiosos y raudos mensajeros! Tienen antiguos derechos de paso por todo el mundo. Un viento del este, por ejemplo, puede, por así decirlo, transportar un mensaje por etapas; ir uniendo mensajes y significados que ha oído en distintas tierras, igual que hacen los pájaros... un viento del este.

La señora Bittacy irrumpió en la habitación con el vaso.

-Aquí tienes, David, esto te protegerá contra cualquier principio de ataque -dijo-. Basta con una cucharada, cariño. ¡Oh, oh, *todo* no! -Como de costumbre, se había tomado de un solo trago la mitad del contenido-. Otra dosis antes de acostarte, y el resto por la mañana, nada más despertarte.

Se volvió hacia el invitado, que le cogió el vaso y lo puso en la mesa que tenía junto a su codo. Les había oído hablar del viento del este, y quiso hacer hincapié en aquel aviso que había interpretado erróneamente. La parte privada de la conversación acabó de inmediato.

-Eso es lo que peor le sienta; un viento del este, y me alegra oír que es usted de la misma opinión, señor Sanderson -dijo ella.

3

Siguió después un profundo silencio, en medio del cual se oyó el sordo canto de un búho en el bosque. Una gran mariposa chocó contra una de las ventanas con un nervioso aleteo. La señora Bittacy se sobresaltó ligeramente, pero nadie habló. Sobre los árboles se

vislumbraban algunas estrellas. A lo lejos se oía el ladrido de un perro.

Bittacy, tras volver a encender el puro, rompió aquel breve período de silencio que se había apoderado de los tres.

-Resulta muy reconfortante pensar que estamos rodeados de vida por todas partes y que, en realidad, no existe una línea divisoria entre eso que llamamos materia orgánica e inorgánica -dijo mientras arrojaba la cerilla por la ventana.

-Sí, verdaderamente el universo es todo uno -dijo Sanderson-. Nos confunden los espacios vacíos que nos impiden ver lo que hay más allá, pero creo que, de hecho, no existen tales espacios vacíos.

La señora Bittacy comenzó a moverse con una inquietud que no auguraba nada bueno, aunque de momento conservó la calma. Le asustaban las palabras largas que no entendía. Detrás de las palabras con demasiadas letras acechaba el nombre de Belcebú.

-En las plantas y en los árboles, concretamente, alienta una vida magnífica que, por el momento, nadie ha conseguido demostrar que sea inconsciente.

-Ni tampoco consciente, señor Sanderson -terció con rotundidad la señora Bittacy-. Sólo el hombre fue hecho a su imagen y semejanza, no los arbustos y las cosas...

Su marido intervino de forma inmediata.

-No se trata de que estén vivas de la misma manera en que lo podemos estar nosotros -le explicó con voz suave-. Y además -dijo, con el ojo puesto en su esposa-, no creo que haya nada de malo, querida, en afirmar que todos los seres creados contienen una cierta proporción de la vida de su Creador. Me parece muy hermoso pensar que Él no creó nada muerto. ¡Eso no nos convierte en panteístas! -añadió en tono tranquilizador.

-¡Dios mío, no! ¡Confío en que no! -aquel término la había alarmado. Era peor incluso que la palabra «Papa». Por su mente confusa cruzó sigilosa una imagen temible y peligrosa... como una pantera.

-Me gustaría creer que incluso en la descomposición existe vida -murmuró el pintor-. La desintegración de la madera podrida genera un cierto tipo de sensibilidad orgánica; en la caída de una hoja seca hay fuerza y movimiento, de hecho, la hay en todo aquello que se disgrega o se rompe. No hay nada más inerte que una piedra y, sin embargo, rebosa calor, peso y toda clase de potencialidades. ¿Qué hace que sus partículas se mantengan unidas? Lo comprendemos tan poco como la fuerza de la gravedad o la razón por la que las agujas magnéticas señalan siempre al «Norte». En ambos fenómenos puede haber un tipo de vida...

-¿Cree usted que una brújula tiene alma, señor Sanderson? -exclamó la señora, acompañando sus palabras con un crujir de volantes de seda que expresaba su indignación de forma aún más patente que su tono de voz. El artista sonrió para sí en la oscuridad, pero fue Bittacy quien se apresuró a responder.

-Lo que nuestro amigo trata de sugerir es, simplemente, la posibilidad de que estos misteriosos procesos se deban a algún tipo de vida que no somos capaces de comprender -dijo con tranquilidad-. ¿Por qué el agua sólo corre cuesta abajo? ¿Por qué los árboles crecen hacia el sol y siempre en ángulo recto con respecto a la superficie de la tierra? ¿Por qué los planetas giran siempre sobre sus ejes? ¿Por qué el fuego cambia la forma de todo lo que toca sin llegar verdaderamente a destruirlo? Decir que todos los elementos obedecen las leyes que rigen su propia naturaleza es no decir nada. El señor Sanderson se limita a sugerir -de un modo poético, querida, por supuesto- que todo ello puede responder a una manifestación de vida, aunque de una vida en un estadio distinto al nuestro.

-«Les insufló el *hálito* de la vida», eso es lo que se nos ha dicho. Y esas cosas no respiran -dijo con un tono triunfal.

Entonces intervino Sanderson. Sus palabras, más que intentar ser una réplica seria a la alterada dama, parecían dirigidas a sí mismo o a su anfitrión.

-Pero, verá, es que las plantas también respiran -dijo-. Respiran, se alimentan, digieren, se desplazan y se adaptan a su entorno igual que hacen los hombres y los animales. También tienen un sistema nervioso... o al menos, un complejo sistema de núcleos celulares que posee algunas de las cualidades propias de las células nerviosas. Puede que incluso tengan memoria. En cualquier caso, no cabe ninguna duda de que responden activamente a los estímulos. Y aunque puede tratarse de algo fisiológico, nadie ha demostrado todavía que sea sólo eso y no algo psicológico.

Aparentemente, no se percató del grito ahogado que se oyó detrás del chal amarillo. Bittacy se aclaró la garganta, tiró su puro apagado al jardín, *y* cruzó *y* descruzó las piernas.

-Y en los árboles -prosiguió el artista-, detrás de un gran bosque, por ejemplo -y señaló hacia la espesura-, quizá se halle un Ente poderoso que se manifiesta por medio de millares de árboles; una inmensa vida colectiva, organizada con la misma minuciosidad y delicadeza que la nuestra. Bajo ciertas condiciones puede llegar a mezclarse y fundirse con nosotros, de modo que, al *formar parte* de ella, aunque sólo sea por algún tiempo, lleguemos a comprenderla. Es posible incluso que pueda absorber la vitalidad humana en el inmenso torbellino del vasto sueño de su existencia. La atracción que ejerce un gran bosque sobre un hombre puede ser tremenda, absolutamente irresistible.

Se oyó a la señora Bittacy cerrar la boca con un chasquido. Su chal, y sobre todo su ruidoso vestido, manifestaron sonoramente la protesta que le abrasaba por dentro. Estaba demasiado disgustada para sentirse sobrecogida, pero también demasiado confundida ante aquel cúmulo de palabras y significados que sólo comprendía a medias, como para que le vinieran a la mente de forma inmediata palabras con las que expresarse. Cualquiera que fuese el verdadero sentido del lenguaje que utilizaba el artista, y cualesquiera que fueran los sutiles peligros que encerraba, no cabía duda de que, por el momento, había conseguido tejer una especie de encantamiento que, unido a la luz trémula que les envolvía, los tenía a los tres atrapados junto a aquella ventana abierta. Los aromas del césped cubierto de rocío, de las flores, de los árboles y de la tierra también formaban parte de aquel embrujo.

-Los estados de ánimo que las personas suscitan en nosotros se deben a que su vida oculta afecta a la nuestra -prosiguió-. Lo profundo llama a lo profundo. Imaginemos que estamos solos en una habitación y de repente una persona se une a nosotros; ambos cambiamos de manera inmediata. El recién llegado, aunque no haya abierto la boca, ha provocado un cambio en nuestro estado de ánimo. ¿Por qué no habrían de afectarnos y conmovernos los estados de ánimo de la Naturaleza en virtud de una prerrogativa similar? El mar, las montañas, el desierto, despiertan en nosotros sentimientos de pasión, de gozo o de terror, según el caso; e incluso en algunas personas unas emociones de un esplendor arrebatado y extraño que no me siento capaz de describir -al decir aquello había echado una mirada muy significativa a su anfitrión, de modo que la señora Bittacy pudo constatar de nuevo cómo cambiaba la expresión de sus ojos-. Pues bien... ¿de dónde proceden estos poderes? ¡Desde luego, de nada que esté... muerto! El influjo de un bosque, el dominio y el extraño ascendiente que puede ejercer sobre algunas mentes, ¿no revela acaso una manifestación directa de vida? Si no es así, esa misteriosa emanación de los grandes bosques carece de toda explicación. Claro que también hay naturalezas que parecen provocarlo de forma

deliberada. El poder de una hueste de árboles -su voz adquirió un tono solemne al decir aquellas palabras- es algo innegable. Y creo que aquí se siente de manera especial.

Cuando dejó de hablar se podía palpar la tensión en el ambiente. No había sido la intención del señor Bittacy que la conversación llegara hasta esos extremos. Se habían dejado llevar. No quería ver a su mujer triste o asustada; se daba perfecta cuenta de que los sentimientos de su esposa se hallaban en un estado de agitación preocupante. Algo en ella -como él mismo se dijo- «estaba a punto de explotar».

Trató de llevar la conversación hacia temas más generales para diluir la tensión acumulada.

-Suyo es el mar, por Él fue creado -sugirió vagamente, con la esperanza de que Sanderson cogería la indirecta-, y lo mismo ocurre con los árboles...

-En lo que respecta al conjunto del reino vegetal, seguramente es así -dijo el artista tomando el relevo-. Todo él está al servicio del hombre, para proporcionarle alimento, abrigo y cumplir otras mil funciones útiles para su vida diaria. ¿No es acaso sorprendente que una forma de vida perfectamente organizada, aunque inmóvil, que tenemos siempre a nuestro alcance y que nunca puede salir huyendo, ocupe una superficie tan grande de nuestro planeta? Pero, a pesar de todo, no es tan fácil apropiarse de ella. Hay personas que no se atreven a arrancar flores, otros a cortar árboles. No deja de ser curioso que la mayoría de las leyendas y las historias sobre bosques sean sombrías, misteriosas y un tanto aciagas. En ellas las criaturas del bosque rara vez son alegres o inofensivas. Normalmente se percibía la vida de los bosques como algo terrible. El culto a los árboles aún sobrevive en nuestros días. Los leñadores, por ejemplo... los que le quitan la vida a los árboles... tienen un aura de raza maldita.

Su voz se quebró bruscamente con un extraño temblor. Antes incluso de que hubiera pronunciado las últimas frases, Bittacy ya había sentido algo. Su esposa -estaba seguro- lo habría sentido con más fuerza todavía. Porque fue en medio del profundo silencio que siguió a estos últimos comentarios, cuando la señora Bittacy se levantó violentamente de la silla y atrajo la atenLión de los demás hacia algo que se movía en dirección a ellos cruzando el jardín. Una silueta amplia y extrañamente dispersa se aproximaba en silencio. Parecía encontrarse a gran altura, pues el trozo de cielo que había sobre las matas de arbustos, teñido todavía con el pálido resplandor del crepúsculo, se oscureció al pasar delante de él. Con posterioridad la señora Bittacy aseguró que se movía «formando rizos», pero lo que seguramente quería decir era que se movía en «espiral».

Dejó escapar un chillido ahogado.

-¡Al final ha venido! ¡Y lo ha traído usted!

Presa de un gran nerviosismo, asustada y furiosa a un tiempo, se volvió hacia Sanderson. Había pronunciado aquellas palabras con un jadeo entrecortado, dejando a un lado toda cortesía.

-Lo sabía... si usted continuaba... Lo sabía. ¡Oh! ¡Oh! -y gritó de nuevo-. ¡Han sido las cosas que usted ha dicho lo que le ha hecho salir! -. El terror que se reflejaba en su voz temblorosa producía verdadero espanto.

Sin embargo, la confusión de aquellas vehementes palabras pasó inadvertida ante el primer efecto de sorpresa que causaron. Durante un instante nada ocurrió.

-¿Qué es lo que crees haber visto, querida? -preguntó su marido, asustado. Sanderson, en cambio, no dijo nada. Los tres se inclinaron hacia delante; los hombres no llegaron a levantarse, pero la señora Bittacy se abalanzó hacia la ventana y se colocó, aparentemente a

propósito, entre su marido y el jardín. Señalaba algo. Su pequeña mano trazaba una silueta en el aire; el chal amarillo colgaba de uno de sus brazos como una nube.

-Pasado el cedro... entre las lilas -su voz, que había perdido su tono agudo habitual, sonaba débil y apagada-. Allí... mirad, ahora vuelve a darse la vuelta ... se va, ¡gracias a Dios!... regresa al Bosque. -susurró con un temblor; y, finalmente, tras soltar un gran suspiro, repitió-: ¡Gracias a Dios! ¡Al principio... pensé... que venía aquí... a por nosotros! ¡A *por ti*... David!

Se fue alejando de la ventana; andaba con paso vacilante, palpando en la oscuridad en busca de una silla donde apoyarse; pero, en su lugar, encontró la mano que le tendía su marido.

-Agárrame cariño, agárrame muy fuerte... por favor. No me sueltes. -Estaba, como su marido diría más adelante, «con los nervios totalmente alterados». La sujetó con fuerza mientras la ayudaba a sentarse en una silla.

-Sofía, querida, ha sido el humo -le dijo rápidamente, procurando que su voz sonara tranquila y natural-. Sí, ya lo veo. Es humo que sale de la granja del jardinero...

-Pero David, hacía ruido -ahora se notaba un nuevo horror en su voz-. Lo sigue haciendo. Lo oigo, suena algo así como risss. -Risss, chisss, rasss, o cosa similar, fue la onomatopeya que utilizó-. David tengo mucho miedo. ¡Es algo espantoso! ¡Ese hombre lo ha traído!

-Chsss, chsss -susurró su marido, mientras acariciaba su mano temblorosa.

-Está en el viento -dijo Sanderson en voz muy baja, hablando ahora por primera vez. En aquella oscuridad no se podía distinguir la expresión de su rostro, pero su tono era suave y no denotaba temor. Al oír el sonido de aquella voz, la señora Bittacy volvió a sufrir una violenta convulsión. Su marido corrió un poco su silla hacia adelante para impedir que le viera. También él se sentía un tanto perplejo, sin apenas saber qué hacer o qué decir. Todo era muy extraño y había ocurrido de forma demasiado repentina.

La señora Bittacy tenía un susto de muerte. Le parecía que lo que había visto procedía del bosque que rodeaba el jardín. Había emergido en secreto y había avanzado hacia ellos, moviéndose furtivamente y con dificultad, como si albergara alguna intención oculta. Y, de repente, algo lo había detenido. No había podido avanzar más allá del cedro. Tenía la impresión -y aquello se le quedaría grabado en la memoria- de que el cedro le había impedido seguir avanzando, le había mantenido a raya. Como un mar embravecido, el Bosque se había lanzado por un instante en dirección a ellos al amparo de la oscuridad; aquel movimiento visible había sido su primera oleada. Así era como ella se lo imaginaba... Igual que los misteriosos cambios de marea que tanto la fascinaban y asustaban durante sus estancias en la costa de niña. El empuje externo de alguna energía descomunal era lo que había sentido... algo contra lo que se rebelaban todos los instintos de su ser porque suponía un peligro para ella y para los suyos. En aquel momento percibió la Personalidad del Bosque con una intensidad... amenazadora.

Se levantó, y mientras se alejaba tambaleándose de la ventana para acercarse a donde estaba la campana, apenas si captó la frase que Sanderson -¿o era su marido?- dijo en un murmullo, como hablando consigo mismo:

-Vino porque hablamos de ello; nuestro pensamiento hizo que cobrara consciencia de nosotros y lo sacó. Pero el cedro lo detiene. Ya sabe, no puede cruzar el jardín...

Ahora los tres se encontraban de pie; los dedos de la señora Bittacy se disponían ya a tocar la campana, cuando oyó de pronto la voz de su marido que con tono autoritario le decía:

-Querida, yo *no* le diría nada a Thompson -la angustia que sentía se reflejaba en su voz, pero, exteriormente, había recobrado la calma-. El jardinero puede ir...

Entonces Sanderson le interrumpió.

-Permítame -dijo rápidamente-. Veré si ocurre algo anormal. -Antes de que ninguno de ellos pudiera responder o hacer alguna objeción ya había salido, saltando por la ventana abierta. Vieron su figura cruzar corriendo el jardín y perderse en el bosque.

Un momento después, en respuesta a la campana, entró la doncella, y con ella llegó el sonoro ladrido del terrier desde el recibidor.

-Las lámparas -dijo escuetamente el señor de la casa. Mientras la doncella cerraba suavemente la puerta al salir, oyeron el canto quejumbroso de los vientos que daban vueltas en torno a los muros de la casa. Un rumor de hojas distantes le acompañaba.

-Ves, se *está* levantando el viento. *¡Era* el viento! -la rodeó con el brazo para tranquilizarla, angustiado de ver que ella seguía temblando. Sin embargo, sabía que también él temblaba, aunque no de alarma, sino poseído más bien de una extraña sensación de júbilo-. Y *era* humo lo que viste acercarse, vendría de la caseta de Stride o de la hojarasca que estarán quemando en el huerto. El ruido que oímos era el rumor de las ramas mecidas por el viento. Ya ves que no hay motivo para que estés tan nerviosa.

Su esposa le respondió con un hilo de voz:

-Tenía miedo por *ti,* querido. Algo hizo que temiera por *ti.* Me preocupa *y* me intranquiliza que ese hombre te influya tanto. Ya sé que es una tontería pero... no sé, creo que estoy cansada; me siento tan alterada, tan inquieta... -las palabras brotaban atropelladamente de sus labios y mientras hablaba se daba la vuelta de vez en cuando para mirar por la ventana.

-La tensión de tener visita te ha afectado -le dijo en tono tranquilizador-. No estamos acostumbrados a tener gente en la casa. En fin, mañana se marcha -calentó las manos heladas de su mujer entre las suyas mientras las acariciaba tiernamente. Por más que quisiera no podía hacer o decir más. El gozo que le producía aquel insólito entusiasmo interior hacía que su corazón latiera aceleradamente. No entendía lo que le estaba ocurriendo. Lo único que quizá supiera era de donde provenía.

La señora Bittacy estudió atentamente su rostro en la oscuridad, y dijo algo muy extraño:

-Por un momento, David, pensé... que parecías... distinto. Tengo los nervios de punta esta noche. -Del invitado de su marido ya no volvió a hacer mención alguna.

Un sonido de pasos que venían del jardín avisó al señor Bittacy de la llegada de Sanderson, y se apresuró a responderla en voz baja:

-No me pasa nada, puedes estar segura; no me he sentido mejor ni más feliz en toda mi vida.

Thompson trajo consigo las lámparas y, con ellas, llegó la luz; acababa de volver a salir cuando Sanderson entró trepando por la ventana.

-No hay nada -dijo con tono despreocupado mientras cerraba la ventana-. Alguien ha estado quemando hojas y el humo se está dispersando entre los árboles. Además -añadió, dirigiendo una mirada significativa a su anfitrión, pero con tal discreción que la señora Bittacy no se dio cuenta de ello-, el viento ha empezado a bramar... allá lejos... en el Bosque.

Pero la señora Bittacy sí que advirtió en él dos cosas que no hicieron sino aumentar su inquietud. Se fijó en el brillo de sus ojos, porque una luz similar había iluminado de pronto los de su marido; y también se fijó en que había pronunciado aquellas simples palabras, «el

viento ha empezado a bramar... allá lejos... en el Bosque», de una forma que parecía indicar que encerraban un significado más profundo. Le quedó la desagradable impresión de que quería darles un sentido distinto al que aparentemente tenían. El tono en que las había dicho parecía implicar algo muy diferente. En realidad no era del «viento» de lo que hablaba y, fuera lo que fuera, tampoco iba a permanecer «allá lejos»... sino que más bien se estaba acercando. Otra impresión que tuvo -aún menos grata- fue que su marido había comprendido aquel significado oculto.

4

-David, querido -le comentó con delicadeza tan pronto como se quedaron solos en su habitación-. Ese hombre me produce una horrible sensación de inquietud. No puedo librarme de ella. -El temblor de su voz le llenó de ternura.

Se volvió para mirarla.

-¿Qué clase de inquietud, querida? ¿No será que a veces eres un poco fantasiosa?

-Creo que... en fin, ¿no será un hipnotizador, o una de esas personas llenas de ideas teosóficas o alguna cosa por el estilo? Ya me entiendes... -dijo con voz vacilante y tartamudeando un poco; todavía estaba confundida y asustada.

Estaba muy acostumbrado a esos vagos temores suyos y, por regla general, no intentaba disiparlos mediante una explicación convincente ni corregir las imprecisiones de su lenguaje, pero esta noche se daba cuenta de que ella necesitaba que se la tratara con mucho cuidado y cariño. De modo que procuró tranquilizarla lo mejor que pudo.

-Pero, aunque fuera así... ¿qué hay de malo en ello? -replicó con voz sosegada-. Mira, querida, ésos no son más que los nombres actuales de unas ideas muy antiguas. -En su voz no se apreciaba ningún signo de impaciencia.

-Precisamente por eso -replicó-. Él es una de esas cosas contra *cuya* llegada se nos ha prevenido; uno de los seres de las Postrimerías. -Tras sus palabras subyacía la innominable multitud de textos que él tanto temía. Su pensamiento seguía plagado de los viejos fantasmas del Anticristo y las Profecías, y por poco no había mencionado también el Número de la Bestia. El blanco al que solía dirigir sus dardos era el Papa, porque lo entendía; era una diana obvia y sencilla contra la que disparar. Pero todo aquel asunto de los bosques y de los árboles era demasiado vago, demasiado horrible. Le aterrorizaba.

-Me hace pensar en los Principados y Potestades de las altas regiones y en seres que caminan en la oscuridad. -prosiguió-. Eso que dijo de que los árboles cobran vida de noche y todas esas cosas, no me gustó *nada;* me hace pensar en lobos con piel de cordero. Y cuando vi esa cosa horrible en el cielo sobre el jardín...

Pero él la interrumpió de inmediato, había decidido que era preferible no hablar de aquello. Desde luego lo mejor sería no seguir dándole vueltas al tema.

-Sofía, creo que lo único que quería decir -dijo con seriedad, aunque esbozando una sonrisa- es que los árboles pueden tener un cierto grado de vida consciente (lo cual, en lo sustancial, es una idea bastante agradable) algo parecido, recuerdas, a lo que leímos la otra noche en el *Times;* eso, y que un gran bosque quizá posea una especie de personalidad colectiva. No olvides que es un artista, un temperamento poético.

-Es peligroso -dijo enfáticamente-. Me parece que es jugar con fuego, una insensatez y un riesgo.

-¡Pero si es para mayor gloria de Dios! -insistió con delicadeza-. No debemos cerrar nuestros oídos y nuestros ojos al conocimiento, sea del tipo que sea ¿no te parece?

-David, tú siempre construyes la realidad con tus deseos. -replicó ella-. Igual que un niño que en vez de decir «padeció bajo el poder de Poncio Pilatos» dice «apareció bajo el poder de Poncio Pilatos», la señora Bittacy solía confundirse cuando reproducía algún dicho. En cualquier caso, tenía la esperanza de que aquella cita le sirviera de aviso-. Además, siempre hemos de poner a prueba los espíritus para saber si es Dios quien los envía -añadió para tantearle.

-Claro, querida, siempre debemos hacerlo -asintió mientras se metía en la cama.

Pero tras un breve silencio, durante el cual David Bittacy aprovechó para apagar la luz y buscar una postura cómoda para dormir, y mientras sentía su sangre bullir presa de una emoción novedosa e increíblemente placentera, cayó en la cuenta de que quizá sus palabras no habían bastado para tranquilizarla. Ella permanecía tumbada a su lado despierta y todavía asustada. El señor Bittacy se incorporó en la oscuridad.

-Sofía, en cualquier caso, no debes olvidar -dijo con suavidad- que entre nosotros y cualquier otra... cosa, se abre un abismo infranqueable... mmm... al menos mientras conservemos nuestra forma corpórea.

Al no obtener réplica alguna, se quedó tranquilo pensando que ella dormía ya feliz. Pero, en realidad, la señora Bittacy no estaba dormida. Aunque había oído aquella frase no había dicho nada, porque tenía la sensación de que era preferible no expresar en voz alta sus pensamientos. Le daba miedo oír sus propias palabras en la oscuridad. Afuera, el Bosque permanecía a la escucha y también él podía oírlas; el Bosque... que «bramaba allá lejos».

Y lo que pensaba era lo siguiente: ese abismo sin duda existía, pero, de algún modo, Sanderson había tendido un puente sobre él.

Fue aquella misma noche, aunque bastante más tarde, cuando la señora Bittacy, tras un sueño agitado e inquieto, se despertó y oyó un sonido que hizo que todo su cuerpo se pusiera a temblar de miedo. El sonido pareció desaparecer de forma inmediata al despertar del todo, pues por más que aguzó los oídos, lo único que consiguió escuchar fue el rumor inarticulado de la noche. Debía haberlo escuchado en sueños, y con los sueños se había desvanecido. Sin embargo, aquel sonido era inconfundible; se trataba del mismo que había oído antes atravesando rápidamente el jardín, sólo que esta vez sonaba mucho más cerca. Mientras dormía había sentido que un murmullo, similar al de unas ramas que se mecieran dentro de la misma habitación o al susurro del follaje, pasaba por encima de ella. La frase «viajando por las copas de las moreras» le vino a la memoria. Había soñado que se encontraba en algún lugar desconocido, tumbada bajo las extensas ramas de un árbol que le susurraba algo a través de miles de suaves labios verdes. Por lo visto, aquel sueño se había prolongado unos instantes después de haber despertado.

Se recostó en la cama y miró a su alrededor. La parte superior de la ventana estaba abierta y a través de ella se divisaban las estrellas. La puerta, recordó, estaba cerrada como siempre y, naturalmente, no había nadie más en la habitación. El profundo silencio de las noches estivales se extendía sobre todas las cosas, roto tan sólo por otro sonido que, en esta ocasión, provenía de las sombras que rodeaban la cama. Era un sonido humano y, sin embargo, antinatural; un sonido que se apoderó del miedo que había sentido al despertarse e inmediatamente lo incrementó. Aunque le resultaba familiar, al principio no fue capaz de

identificarlo. Tuvieron que pasar algunos segundos -unos segundos que se le hicieron eternos- antes de que se diera cuenta de que era su marido, hablando en sueños.

La procedencia de aquella voz la confundía y le intrigaba, porque al revés de lo que había imaginado al principio, no sonaba a su lado. Venía de más lejos. Un minuto después, iluminada por la mortecina luz de la vela, distinguió la blanca silueta de su marido de pie en medio de la habitación, no muy lejos de la ventana. La luz de la lámpara se fue haciendo más intensa y vio cómo se aproximaba a la ventana con los brazos extendidos. Le pareció que balbuceaba algo en voz baja, pero aquellas palabras sonaban demasiado juntas para resultar comprensibles.

La señora Bittacy se estremeció. Eso de hablar en sueños le parecía algo muy misterioso y le producía verdadero espanto; era como oír hablar a un muerto, una mera parodia de lo que es una voz viva, algo antinatural.

-¡David! -susurró, asustada de escuchar su propia voz y temiendo que, al interrumpirle, volvería hacia ella su rostro. No podía soportar la visión de aquellos ojos abiertos de par en par-. ¡David, estás andando dormido! ¡Vuelve a la cama, querido, *por favor!*

Aquel susurro pareció atronar en medio del silencio de la oscuridad. Al sonar su voz, su marido se detuvo y se volvió lentamente hacia ella. Sus ojos, completamente abiertos, se clavaron en los suyos sin reconocerla. Su mirada le atravesaba como si contemplara algo que se encontrara detrás de ella; parecía como si identificara la dirección del sonido pero no pudiera verla. Se fijó que sus ojos tenían el mismo brillo que había visto en los de Sanderson hacía unas horas. Su rostro estaba congestionado y tenía una expresión de sufrimiento; la ansiedad se reflejaba en todos y cada uno de sus rasgos. Se dio cuenta de que tenía fiebre y, de inmediato, las consideraciones de tipo práctico hicieron que, de momento, olvidara su terror. Finalmente, su marido llegó a la cama sin despertarse. Le cerró los párpados, y él se puso cómodo para dormir, o mejor dicho, para dormir más profundamente. La señora Bittacy se las ingenió para conseguir que tomara unas gotas del vaso que estaba junto a la cama.

Luego, se levantó sin hacer ruido para ir a cerrar la ventana, al notar que el aire nocturno, demasiado frío y cortante, entraba en la habitación. Colocó la vela en un lugar donde la luz no le diera a su marido, y al ver allí al lado la gran Biblia de Baxter, se sintió un poco reconfortada, aunque por su ser más profundo seguían circulando extraños mensajes de alarma. Entonces, mientras cerraba el pasador con una mano y tiraba de la cuerda de la persiana con la otra, su marido volvió a incorporarse en la cama y pronunció unas palabras que, en esta ocasión, eran perfectamente audibles. De nuevo tenía los ojos abiertos del todo. Señalaba algo. Ella permaneció completamente inmóvil y se dispuso a escuchar; su sombra se reflejaba distorsionada en la persiana. Contrariamente a lo que había temido en un principio, su marido no se le acercó.

El susurro de aquella voz sonaba nítido y horrible; no se parecía a nada que ella conociera.

-Braman en el Bosque, allá lejos... y yo ... tengo que ir a ver -mientras decía aquello, sus ojos parecían atravesarla y mirar hacia el bosque-. Me necesitan. Han enviado a por mí... -Luego, tras volverse y dejar que su mirada vagara por los objetos de la habitación, cambió súbitamente de propósito y se tumbó. Ese cambio también fue horrible, aun más incluso, pues ponía de manifiesto que él se movía en un universo perfectamente definido que no tenía nada que ver con el suyo.

Aquella frase tan rara le heló la sangre; durante un momento se sintió absolutamente

aterrorizada. En la voz de sonámbulo de su marido, cuya diferencia con su voz normal era tan leve y, a la vez, tan inquietante, descubría la presencia de algo maligno. El mal y el peligro acechaban detrás de esa voz. Temblando de pies a cabeza se apoyó en el antepecho de la ventana. Por un instante tuvo la espantosa sensación de que algo se estaba acercando para apoderarse de él.

-Bien, todavía no -oyó que decía desde la cama con un tono más bajo-, más adelante. Será mejor así... Iré más adelante.

Esas palabras reflejaban una parte de los temores que le venían obsesionando desde hacía tanto tiempo y que, con la llegada y la presencia de Sanderson, parecían a punto de alcanzar un clímax en el que ni tan siquiera se atrevía a pensar. Le daban forma, lo aproximaban y hacían que sus pensamientos se tornaran hacia su Dios en una oración sentida y desesperada en la que rogaba que se le concediera ayuda y consejo. De forma inconsciente, su marido acababa de revelarle que existía un mundo de intenciones y aspiraciones íntimas que reconocía como propias, pero que guardaba casi exclusivamente para sí.

Cuando se acercó a él y sintió el reconfortante roce de su mano, comprobó que había vuelto a cerrar los ojos, en esta ocasión por sí mismo, y que su cabeza reposaba en calma sobre la almohada. Estiró suavemente las sábanas y, tapando con cuidado la luz de la vela con una mano, se quedó observándole durante unos minutos. En su rostro se dibujaba una sonrisa que transmitía una extrañísima sensación de paz.

Luego, apagó la vela, se arrodilló, y estuvo un rato rezando antes de volver a la cama. Pero no consiguió dormirse. Se pasó toda la noche despierta, pensando, haciéndose preguntas, rezando, hasta que por fin, cuando comenzó el coro matinal de los pájaros y los primeros rayos del amanecer dieron en las verdes persianas, el agotamiento hizo que se rindiera al sueño.

Pero mientras dormía, el viento continuó bramando allá lejos, en el Bosque. Sonaba cada vez más cerca; a veces incluso demasiado cerca.

5

La partida de Sanderson hizo que la relevancia de aquellos extraños incidentes disminuyera considerablemente, pues el estado de ánimo que los había producido ya había pasado. Al poco tiempo, la señora Bittacy terminó por considerar que les había dado una importancia desproporcionada y que, en gran medida, todo había sido producto de su propia imaginación. No le sorprendió la rapidez con que se produjo aquel cambio, puesto que sucedió de una forma perfectamente natural. Por un lado, su marido nunca habló del asunto, y por otro, ella misma recordó cuántas veces a lo largo de su vida había ocurrido que algo que en su momento le pareció extraño e inexplicable, finalmente había resultado ser del todo banal.

Como es natural, achacó a la presencia del artista y a sus descabelladas y sugerentes charlas la principal responsabilidad de lo sucedido. Con su anhelada partida, el mundo se volvió de nuevo un lugar normal y seguro. Las fiebres, aunque como de costumbre duraron poco tiempo, no permitieron a su marido levantarse para despedirse, y fue ella quien tuvo que transmitirle sus disculpas y decirle adiós de su parte. El aspecto que tenía el Señor Sanderson por la mañana no podía ser más normal. Con su sombrero de hombre de ciudad

y sus guantes -así vestía cuando ella le vio partir- parecía un ser dócil y totalmente inofensivo.

«¡Al fin y al cabo -pensó, mientras le observaba alejarse en un carro tirado por dos ponis-, no es más que un artista!» Su exigua imaginación no se aventuró a desvelar qué otra cosa había pensado que pudiera ser. El cambio que se había producido en sus sentimientos era muy saludable y reconfortante. Se sentía un poco avergonzada de su comportamiento anterior. Cuando él se agachó para besarle la mano, le dirigió una sonrisa -sincera, pues sincero era el alivio que sentía- pero no hizo mención alguna a la posibilidad de una segunda visita, y para su tranquilidad y satisfacción, su marido tampoco había dicho nada al respecto.

Aquella pequeña familia volvió a caer en la soñolienta y cotidiana rutina a la que estaba acostumbrada. El nombre de Arthur Sanderson apenas salía a relucir. Por su parte, ella tampoco mencionó a su marido el incidente de su sonambulismo ni las insensateces que había dicho en aquella ocasión. Pero olvidar era igualmente imposible. Lo ocurrido era el misterioso síntoma de algo que permanecía sepultado en lo más hondo de su ser, como el foco de una enfermedad que tan sólo esperaba una oportunidad para propagarse. Todas las mañanas y todas las noches rezaba para que no fuera así; para que pudiera llegar a olvidarlo; para que Dios librara a su marido de todo mal.

A pesar de aquella insensatez aparente, que muchas personas tomarían quizá por un signo de debilidad de carácter, la señora Bittacy era en realidad una persona equilibrada, sensata e imbuida de una fe sincera y profunda. Valía mucho más de lo que ella pensaba. Para ella, el amor que sentía por su marido y el que sentía por Dios, venían a ser la misma cosa, y eso es algo que sólo está al alcance de un alma verdaderamente noble.

Cuando finalmente llegó el verano lo hizo lleno de belleza y violencia. De belleza, porque las lluvias nocturnas refrescaban la atmósfera, prolongaban el esplendor de la primavera y lo extendían a lo largo del mes de julio, manteniendo el verdor y la juventud del follaje; y de violencia, porque los vientos que azotaban el sur de Inglaterra afectaban también al resto del país y lo lanzaban a una danza frenética. Zarandeaban los bosques de una forma impresionante y los tenían bramando sin parar con una voz grandiosa. Sus notas más graves nunca abandonaban el cielo. Cantaban y gritaban, mientras las hojas arrancadas pasaban volando a toda velocidad, mucho antes de que hubiera llegado su hora. Fueron muchos los árboles que, tras varios días de bramidos y danzas, se desplomaron exhaustos contra el suelo. Dos ramas del cedro del jardín cayeron en días sucesivos y justo a la misma hora... antes del ocaso. Era entonces cuando el viento soplaba con más fuerza, para no amainar hasta que salía el sol. Sus enormes ramas, como un par de oscuros despojos, cubrían la mitad del jardín. Estaban tendidas transversalmente, apuntando en dirección a la casa. Habían dejado un horrible vacío en el árbol, hasta tal punto que el cedro del Líbano parecía inacabado, casi destruido; una especie de monstruo al que se le hubiera arrebatado su antigua gallardía y magnificencia. La parte del Bosque que se podía ver ahora era mucho mayor, y a través de aquella brecha abierta en las defensas, parecía asomarse para echar un vistazo. Desde las ventanas de la casa -sobre todo desde las del salón y el dormitorio- se tenía ahora una vista directa de los claros y las espesuras que se extendían a lo lejos.

La sobrina y el sobrino de la señora Bittacy, que se encontraban entonces pasando unos días con ellos, se divirtieron de lo lindo ayudando a los jardineros a retirar los restos del árbol. Emplearon dos días en hacerlo, porque el señor Bittacy insistió en que se retiraran las ramas enteras. No permitió que las cortaran, y tampoco consintió que se usaran para hacer

leña. Bajo su supervisión, aquellas pesadas moles fueron arrastradas hasta el extremo del jardín y colocadas en la línea fronteriza que le separaba del Bosque. A los niños aquella idea les pareció estupenda y se sumaron a ella con entusiasmo. Había que asegurar a toda costa una defensa contra el avance del Bosque. Se habían dado cuenta de que su tío se lo tomaba todo muy en serio y percibieron, además, que debía tener algún motivo oculto; de ese modo, una visita que por lo general no solía hacerles mucha gracia, se convirtió en el gran acontecimiento de las vacaciones. En esta ocasión fue tía Sofía la que les pareció una aburrida y una mandona.

-Se ha convertido en una vieja maniática -manifestó Stephen.

Pero Alice, que había advertido en aquel disgusto sordo de su tía algo que le resultaba un poco alarmante, dijo:

-Creo que tiene miedo de los bosques. ¿Te has fijado? Nunca nos acompaña cuando vamos al bosque.

-Razón de más para que hagamos que este muro sea inexp... muy gordo, *y* muy grueso, *y muy* sólido -concluyó él, incapaz de pronunciar aquella palabra tan larga-. Entonces nada -absolutamente *nada*- podrá atravesarlo. ¿Verdad que no, tío David?

Y el señor Bittacy, que se había desprendido de la chaquetaytrabajaba con el chaleco moteado puesto, se acercó resoplando en su ayuda, y se puso a colocar aquella inmensa rama del cedro a modo de seto.

-Venga -dijo-, ya sabéis que esto tiene que estar terminado antes de que se haga de noche sea como sea. El viento ya ha empezado a bramar allá lejos en el Bosque.

Y Alice, haciéndose eco de la frase de su tío, añadió en voz baja:

-Stevie, date prisa, no seas vago. ¿No has oído lo que ha dicho el tío David? ¡Va avenir y nos atrapará antes de que hallamos terminado!

Trabajaban como mulas, y entretanto, sentada bajo la mata de glicina que trepaba por el muro sur de la casita del jardinero, la señora Bittacy, labor en mano, les observaba y, de vez en cuando, les hacía pequeñas advertencias y les daba consejos. Consejos de los que, naturalmente, hacían caso omiso. Aunque lo más probable es que ni tan siquiera los oyeran, pues aquella cuadrilla de trabajadores estaba totalmente enfrascada en su tarea. A su marido le advertía que no sudara, a Alice que no se rompiera el vestido, a Stephen que no forzara la espalda al tirar. Su mente fluctuaba entre el botiquín homeopático que tenía en el piso de arriba y la ansiedad por ver acabada cuanto antes aquella obra.

La caída de las ramas del cedro había hecho que sus preocupaciones volvieran a despertar de su letargo. El recuerdo de la visita del señor Sanderson, que llevaba bastante tiempo hundido en el olvido, volvía a cobrar vida. De nuevo le venía a la memoria la extraña y detestable forma de hablar que tenía aquel hombre, y muchas cosas que confiaba no tener que volver a recordar asomaban ahora a su cabeza desde esa región del subconsciente donde nada se olvida. Aquellas cabezas la miraban y asentían. Seguían estando bien vivas; no parecían dispuestas a que se las dejara a un lado y se las enterrara para siempre. «¡Escucha! -susurraban- ¿Acaso no te lo habíamos advertido?» Simplemente habían estado esperando a que llegara el momento de reafirmar su presencia. Aquella vaga angustia que antes sintiera volvió a apoderarse de ella. La ansiedad y el desasosiego regresaron. El espantoso abatimiento también.

Aunque el incidente de la mutilación del cedro carecía de importancia, la actitud que había adoptado su marido parecía dotarlo de una enorme transcendencia. No es que hubiera dicho, hecho o dejado de hacer nada en concreto que la hubiera asustado, pero aquel aire de

gravedad que irradiaba le parecía totalmente injustificado. Daba la sensación de que, para él, aquello era algo muy importante. Se le veía preocupado. Ese interés y ese desasosiego, de los cuales no había visto ni percibido nada a lo largo de todo el verano, hacía que ahora se diera cuenta de que se los había estado ocultando intencionadamente; los había mantenido en secreto a propósito. En lo más hondo de su ser circulaba una corriente de pensamientos, de deseos y de esperanzas muy distintos a los que mostraba hacia fuera. ¿Cuáles eran? ¿A dónde le conducían? El accidente que había sufrido el árbol ponía todo aquello de manifiesto de una forma muy desagradable y, seguramente, mucho más de lo que él mismo se daba cuenta.

Se quedó mirando el rostro serio y grave de su marido mientras trabajaba en aquel lugar con los niños, y cuanto más le observaba, más se iba asustando. Le irritaba que los niños trabajaran con tanto ahínco. De manera inconsciente le estaban apoyando. Ni se atrevía a ponerle un nombre a su miedo. Pero allí estaba, esperando.

Por otra parte, en la medida en que su confusión mental le permitía hacer frente a unos temores tan vagos e incoherentes, lo cierto es que la caída de las ramas del cedro contribuía a hacer que los sintiera más próximos. El hecho de que tuviera conciencia de ellos, a pesar de lo incomprensibles e informes que eran, y de que los sintiera vivos y activos aunque estuvieran fuera de su alcance, la llenaba de un asombro en el que se mezclaban la confusión y el espanto. Su presencia era real, su fuerza arrebatadora, su ocultación parcial abominable. Entonces, de entre las brumas de su mente, rescató una idea y vio como se destacaba nítidamente ante su ojos. Le costaba trabajo expresarla en palabras, pero su significado venía a ser el siguiente: aquel cedro era una presencia amiga; su caída presagiaba algún desastre; a raíz de ello una especie de influencia protectora que rodeaba a la casa, y especialmente a su marido, se había debilitado.

-¿Por qué te asustan tanto los vientos fuertes? -le había preguntado él varias veces hacía unos días, cuando el viento soplaba con especial violencia. A ella misma le sorprendió su respuesta mientras la decía. Una de aquellas cabezas se asomó de forma inconsciente, y dejó escapar la verdad:

-David... porque me producen la sensación de que... traen con ellos el Bosque -balbució-. Arrastran consigo algo que hay en los árboles... y lo introducen en nuestras mentes... en nuestra casa.

Durante un instante se le quedó mirando fijamente. -Será por eso que los amo -respondió-. Esparcen las almas de los árboles por el cielo como si fueran nubes.

Ahí se acabó la conversación. Nunca antes le había oído hablar así.

En otra ocasión, cuando trató de convencerla para que le acompañara a uno de los claros más próximos, ella le preguntó por qué se llevaba el hacha pequeña, y para qué la quería.

-Para cortar la hiedra que se agarra a los troncos y les va quitando vida -dijo.

-¿Pero eso no es tarea de los guardabosques? Para eso se les paga, ¿no?

Él le respondió explicándole que la hiedra era un parásito, que los árboles no sabían cómo combatirla por sí mismos, *y* que los guardabosques eran descuidados *y* no hacían las cosas a conciencia. Daban un tajo aquí y otro allá, dejando que fuera el árbol el que se ocupara del resto, si es que podía.

-Además, me gusta hacer cosas por ellos. Me encanta ayudarlos y protegerlos -añadió; sus palabras fluían envueltas por el murmullo del follaje mientras paseaban.

Aquellos comentarios dispersos, unidos a su actitud hacia el cedro roto, revelaban ese cambio extraño y sutil que se estaba operando en su personalidad. De forma lenta, pero im-

parable, había ido creciendo a lo largo de todo el verano.

Estaba creciendo -y de sólo pensarlo se sobrecogía- exactamente igual que un árbol. Aunque la evidencia externa que se apreciaba día a día era tan ligera que pasaba casi desapercibida, aquella marea creciente era profunda e irresistible. La alteración se extendía por todo su ser y se manifestaba tanto en su mente como en sus actos; a veces incluso en su rostro. En ocasiones podía llegar a ser algo tan patente que la asustaba. Era como si la vida de su marido se estuviera ligando estrechamente a la de los árboles y a todo lo que los árboles significaban. Cada vez coincidían más sus intereses y los de ellos, su actividad cada vez estaba más relacionada con la de ellos, sus pensamientos y sus sentimientos se parecían más a los de ellos, y lo mismo ocurría con sus objetivos, sus esperanzas, sus deseos, su destino...

¡Su destino! Al pensarlo, la sombra de un terror inmenso e indefinido se proyectó sobre ella. Algún instinto profundo de su corazón, al que temía infinitamente más que a la muerte -que, al fin y al cabo, no era para el alma más que una dulce traslación- hacía que, de forma gradual, pensar en su marido quedara asociado con pensar en árboles, sobre todo con los árboles de aquel Bosque. A veces, antes que pudiera afrontarlo, quitárselo de la cabeza o conjurarlo con alguna oración, descubría que al pensar en su marido la idea del Bosque le venía inmediatamente a la cabeza; los dos estaban íntimamente ligados *y* unidos, cada uno de ellos era parte *y* complemento del otro, formaban un único ser.

Aquella idea era demasiado difusa para poder contemplarla cara a cara. Hasta la mera posibilidad de intentarlo se esfumaba en el momento en que trataba de concentrarse en ella para desentrañar cuál fuera su verdad. Era demasiado esquiva, demasiado descabellada y proteica. Bastaba con someterla a un minuto de atención para que su propio significado se desvaneciera, se volatilizara. En realidad, por más que se esforzara no podía encontrar palabras con que expresarla; quedaba fuera del alcance de cualquier pensamiento concreto. A su mente le era imposible asimilarla. Mientras se desvanecía, el rastro que había dejado al aproximarse primero y desaparecer después, parpadeaba durante unos instantes ante su trémula mirada. El horror, ciertamente, permanecía.

Reducidos a la sencillez de una formulación en los términos humanos a los que ella, por su propio temperamento, tendía de forma instintiva, sus temores podrían expresarse de la siguiente manera: su marido la amaba, pero también amaba a los árboles; ahora bien, los árboles estaban en primer lugar, tenían acceso a unas partes de él que ella desconocía. Si *ella* amaba a Dios *y a* su marido, *él* amaba a los árboles primero y después a ella.

Era así, bajo la apariencia de un acuerdo frágil y angustioso, cuyas condiciones resultaban particularmente conflictivas, como su mente perpleja se planteaba la cuestión. Se estaba librando una batalla sorda y oculta que, por el momento, se encontraba todavía lejos. La desmembración del cedro no era sino un episodio externo yvisible de un combate, distante y misterioso, que, día a día, se iba acercando más a ellos. Ahora el viento, en lugar de bramar allá lejos, en el Bosque, se aproximaba; sus ráfagas intermitentes retumbaban ya en todos los límites y fronteras.

El verano, entre tanto, languidecía. Cruzaba ya los bosques el suspiro de los vientos otoñales; el color rojizo de las hojas empezaba a adquirir tonos dorados y el anochecer se adelantaba con su acogedor cortejo de sombras, cuando hizo su aparición el primer signo de algo verdaderamente alarmante. Lo que ocurrió entonces se manifestó con una violencia áspera y tajante que indicaba que llevaba mucho tiempo madurando. No fue algo impulsivo o poco meditado. En cierto modo era previsible, incluso inevitable. Faltaban sólo quince

días para que, siguiendo su costumbre anual, se mudaran a Seillans, un pueblecito junto a St. Raphael -algo tan habitual en los últimos diez años que ni siquiera merecía comentario alguno entre ellos- cuando, de pronto, el señor Bittacy se negó a ir.

Tras poner la mesa para el té, Thompson había colocado el quemador bajo su urna, bajado las persianas con la agilidad y el silencio que la caracterizaban y, finalmente, había salido de la habitación. Las lámparas estaban todavía sin encender. El resplandor del fuego del hogar se reflejaba en los sillones de zaraza y Boxer dormía tumbado en la negra alfombra de crin. En las paredes, los marcos dorados de los cuadros brillaban débilmente, mientras que los lienzos quedaban en penumbra. La señora Bittacy había calentado ya la tetera y se disponía a echar agua en las tazas para calentarlas, cuando su marido, alzando la vista desde su silla y mirando hacia el otro extremo de la chimenea, dio a conocer bruscamente su decisión.

-Querida, de veras, es absolutamente imposible que vaya. -dijo, como si hubiera seguido un razonamiento del cual a ella sólo le llegaba la última frase.

Fue algo tan brusco y tan incoherente que en un primer momento lo interpretó de forma errónea. Creyó que hablaba de ir al jardín o a los bosques. En cualquier caso, al oírlo, le dio un vuelco el corazón. El tono de su voz no hacía presagiar nada bueno.

-Claro que no -respondió- no sería *nada* sensato. ¿Por qué ibas a tener que...? -pensaba en la neblina que siempre se extendía por el jardín en las noches de otoño; pero antes de que hubiera acabado la frase ya sabía que él hablaba de algo distinto. Y entonces, por segunda vez, el corazón le dio un vuelco terrible.

-¡David! ¿No te referirás a ir al extranjero? -dijo con un grito ahogado.

-Sí, querida, a eso me refiero.

Esa forma de hablar le recordaba al tono que solía emplear hace años cuando se despedía antes de una de esas expediciones a la jungla que ella tanto temía. En aquellas ocasiones su voz siempre sonaba así de resuelta, así de seria. Con idéntica resolución y seriedad sonaba ahora. Durante un rato no se le ocurrió qué decir. Se entretuvo jugueteando con la tetera. Llenó una taza con agua caliente hasta que rebosó, y luego la vació lentamente en el cuenco de los posos, poniendo el máximo empeño en que él no se diera cuenta del temblor de su mano. La luz de la chimenea y la penumbra de la habitación le ayudaron a conseguirlo. Pero, de todos modos, él difícilmente lo habría advertido. Sus pensamientos se encontraban muy lejos...

6

La casa en la que vivían nunca había sido del agrado de la señora Bittacy. Prefería un campo más llano y abierto, en el que todas las vías de acceso estuvieran bien a la vista. Le gustaba ver qué era lo que se acercaba. Aquella casa de campo, situada justo en el lindero de los antiguos terrenos de caza de Guillermo el Conquistador, nunca se había ajustado a su idea de lo que es un lugar agradable y seguro en el que vivir. Algún lugar en la costa, con unas colinas peladas a la espalda y un horizonte despejado enfrente, como Eastbourne por ejemplo, era su ideal de lo que debe ser un hogar como Dios manda.

Aquella aversión instintiva que tenía a sentirse rodeada, sobre todo de árboles, era algo extraño, casi una especie de claustrofobia; y, como ya se ha señalado, seguramente se remontaba a los días pasados en la India, cuando los árboles le arrebataban a su marido

rodeándole de peligros. En aquellas semanas de soledad había ido madurando ese sentimiento, y aunque había intentado hacerlo frente a su manera, no lo había conseguido.

Cuando ya lo creía dominado, siempre se las arreglaba para metérsele otra vez dentro bajo una nueva apariencia. En este caso concreto, al haber cedido al intenso deseo que había manifestado su marido con respecto a la casa, creía haber ganado la batalla, pero el terror de los árboles regresó antes de que hubiera pasado un mes. Los árboles se reían de ella en su misma cara.

Siempre tenía presente que su casa estaba rodeada por una formidable muralla formada por centenares de leguas de bosque; una presencia, multitudinaria y vigilante, que permanecía a la escucha y les cerraba todas las salidas que permitían escapar hacia la libertad. Al no ser una persona de inclinaciones morbosas, hacía todo lo posible por desterrar tales pensamientos, *y* dado lo sencilla *y* lo poco artificial que era su mente, conseguía borrarlos de su cabeza durante varias semanas seguidas. Pero, de pronto, volvía a asaltarla con una ráfaga de una realidad desoladora. Por otra parte, no era algo que existiera exclusivamente en su pensamiento o que dependiera de cuál fuera su estado de ánimo; aquel miedo tenía vida propia, iba y venía, pero cuando se marchaba... lo hacía tan sólo para observarla desde otro ángulo. Se mantenía al acecho... esperándola a la vuelta de la esquina.

El Bosque nunca llegaba a dejarla en paz del todo. Siempre estaba dispuesto a meterse en su terreno. A veces se lo imaginaba alargando todas sus ramas en una misma dirección, hacia su pequeña casa y su minúsculo jardín, como si quisiera arrastrarlos y fundirlos consigo. Al grandioso espíritu que alentaba en el corazón del Bosque le molestaba la presencia de aquel jardín tan coqueto justo a sus puertas, le parecía una ofensa, una insolencia, una provocación. Si podía lo absorbería y lo asfixiaría. Los atronadores mensajes que proclamaban los vientos a través de la inmensa caja de resonancia que formaban un millón de árboles en movimiento, comunicaban ese mismo propósito. Aquel poderoso espíritu estaba molesto. Su bramido, profundo e incesante, expresaba el sentir de su corazón.

Todas estas cosas nunca las llegaba a expresar en palabras; las sutilezas del lenguaje no estaban a su alcance. Pero, instintivamente, las sentía; y más que sentirlas, le turbaban profundamente. Sobre todo a causa de su marido. De haber sido algo que tan sólo le afectara a ella, tal pesadilla le hubiera dejado indiferente. Era aquel extraño interés que David tenía por los árboles lo que la provocaba.

Finalmente, los celos, en su aspecto más sutil, vinieron a fortalecer la repugnanciayla animadversión que le producían los árboles, pues se presentaron de una manera a la que ninguna esposa sensata habría podido poner objeción alguna. La pasión de su marido, pensaba, era algo natural e innato en él. Había determinado su vocación, alimentado su ambición y nutrido sus sueños, sus deseos y sus esperanzas. Los mejores años de su vida los había dedicado al cuidado y la vigilancia de los árboles. Los conocía, sabía los secretos de su vida y de su naturaleza, era capaz de «manejarlos» intuitivamente, igual que otras personas «manejan» a un perro o un caballo. No podía vivir alejado de ellos durante mucho tiempo sin sentir una extraña e intensa nostalgia que le robaba la tranquilidad de espíritu *y* la fortaleza física. Un bosque le hacía sentirse feliz *y* en paz; le cuidaba, le nutría, le tranquilizaba. Los árboles incidían en las mismas fuentes de su vida, frenaban o aceleraban el propio latir de su corazón. Separado de ellos languidecía, como languidece tierra adentro quien ama el mar o se consume el montañero en la plana monotonía de las llanuras.

Aquello era algo que hasta cierto punto llegaba a entender y con lo que podía mostrarse indulgente. Se había plegado sin quejarse, dulcemente incluso, a la elección que había hecho su marido de su hogar en Inglaterra, a pesar de que, en la pequeña isla, no hay ningún lugar que evoque tanto las selvas de las tierras vírgenes como el Nuevo Bosque. Posee esa atmósfera *y ese* misterio genuinos, la profundidad *y* el esplendor, la soledad *y,* aquí *y* allá, el carácter fuerte e indómito de los bosques antiguos que Bittacy había conocido cuando trabajaba para el Departamento Forestal.

Tan sólo en una cuestión se había plegado él a sus deseos. Accedió a que la casa estuviera en el lindero y no en el corazón del Bosque. Ya llevaban más de diez años viviendo felices y en paz al borde de aquella extensa masa que cubría cientos de leguas con una maraña de ciénagas, páramos y ancianos y majestuosos árboles.

Sólo durante los dos últimos años, poco más o menos -debido quizá al natural envejecimiento y al consiguiente declive físico- se había producido un significativo aumento de su apasionado interés por el bienestar del Bosque. Ella, que lo había visto crecer, al principio se lo había tomado a risa, después se había mostrado comprensiva -en la medida en que su sinceridad se lo permitía- más tarde había discutido levemente y, por fin, se había dado cuenta de que aquel tema la desbordaba y había terminado por cogerle un miedo atroz.

Como es natural, cada uno de ellos veía las seis semanas que todos los años pasaban lejos de su casa inglesa de muy distinta manera. Para su marido significaba un doloroso exilio que no hacía ningún bien a su salud; echaba de menos sus árboles... su visión, su sonido, su aroma; pero para ella significaba liberarse de un terror obsesionante... escapar. Renunciar a las seis semanas en la resplandeciente y soleada costa francesa, era algo que aquella mujer, a pesar de su generosidad, no quería ni plantearse.

Tras la sorpresa inicial que le produjo aquella decisión, se puso a reflexionar con toda la profundidad que le permitía su naturaleza: rezó, lloró en secreto... y tomó una determinación. Se daba perfecta cuenta de que la voz del deber la orientaba hacia la renuncia. La penitencia sin duda sería muy severa -¡por el momento no quería ni imaginarse lo severa que podría llegar a ser! - pero aquella cristiana auténtica y consecuente tenía las cosas muy claras; aceptó, sin proferir suspiros de mártir, aunque al hacerlo demostrara un coraje digno de una verdadera mártir. Su marido no tenía que descubrir jamás el precio que había pagado por ello. Quitando aquella pasión, la generosidad de su marido era siempre tan grande como la suya. El amor que ella le había profesado durante todos estos años, como el amor que profesaba a su deidad antropomorfa, era profundo y verdadero. Siempre estaba dispuesta a sufrir por cualquiera de los dos. Además, su marido había planteado las cosas de una forma muy singular. No parecía tratarse de una mera preferencia egoísta. Desde un principio daba la impresión de que lo que estaba en juego era algo mucho más serio que un mero conflicto entre dos voluntades que trataban de encontrar una solución de compromiso.

-Tengo la sensación, Sofía, de que no sería capaz de soportarlo -dijo lentamente mientras lanzaba una mirada al fuego por encima de la punta de sus botas embarradas-. Mi deber y mi felicidad están aquí, con el Bosque y contigo. Mi vida está profundamente enraizada en este lugar. Hay algo, no sabría cómo definirlo, que conecta mi ser interior a estos árboles, y la separación me haría enfermar... podría incluso matarme. Mi apego a la vida se debilitaría; mi fuente de energía está aquí. No sabría explicarlo mejor. -La miraba fijamente a la cara desde el otro extremo de la mesa, de tal modo que ella podía ver la gravedad de su expresión y el brillo que desprendían aquellos ojos que tenía clavados en los suyos.

-¿David, así de fuerte lo sientes? -inquirió. Se había olvidado por completo de ocuparse de las cosas del té.

-Sí -respondió- así lo siento. Y no es algo meramente fisico. También lo siente mi alma.

Como si se tratara de una presencia fisica, la realidad que se insinuaba tras sus palabras se introdujo en la habitación en penumbra y se colocó a su lado. Aunque no había entrado por los paneles de cristal de la puerta, había ocupado todo el espacio que se extendía entre las paredes y el techo. El calor del fuego que tenía delante de ella desapareció al instante. De pronto tuvo frío y se sintió un poco confusa y asustada. Casi le parecía oír el rumor de las hojas mecidas por el viento. Aquel ser estaba allí, entre ellos dos.

-Creo que hay cosas... ciertas cosas... -dijo con voz entrecortada- que no nos está permitido conocer. -En aquellas palabras se resumía su actitud general ante la vida y no simplemente en lo que hacía a este incidente en particular.

Tras varios minutos de silencio, su marido, pasando por alto aquella crítica, como si no la hubiera oído, le respondió con voz grave:

-Verás, no puedo explicarlo mejor. Pero sé que existe un vínculo profundo y formidable... hay una fuerza secreta que emana de ellos que hace que me sienta bien, feliz... y vivo. Si no puedes comprenderlo, confío en que al menos sabrás... perdonarme. -Su tono se volvió tierno, dulce, suave-. Soy consciente de que mi egoísmo no tiene disculpa posible. Pero es algo que, por alguna razón, no puedo evitar; estos árboles y este anciano Bosque parecen estar entrelazados con todo lo que me hace vivir, y si me fuera...

En su voz se apreciaba un ligero abatimiento. Se calló bruscamente y se recostó en la silla. Su esposa, con un nudo en la garganta que apenas podía controlar, se acercó hasta él yle rodeó con sus brazos.

-Querido, Dios nos guiará. Aceptaremos su consejo. Siempre nos ha mostrado cuál era el camino que debíamos seguir -le susurró.

-Me duele ser tan egoísta... -empezó a decir él, pero su esposa no le dejó continuar.

-David, Él nos guiará. Nada te hará daño. Jamás has sido egoísta, y no puedo soportar oírte decir esas cosas. Se nos mostrará el camino que sea mejor para ti... para los dos -le besó; no quería dejarle hablar; se le encogía el corazón. La compasión que sentía por él era mucho mayor que la que sentía por sí misma.

Luego él le sugirió que se fuera ella sola a la casa de campo de su hermano, aunque fuera por menos tiempo, para así estar con los niños, Alice y Stephen. Como ella bien sabía, allí siempre era bien recibida.

-Necesitas un cambio, lo necesitas tanto como yo lo temo -le dijo, una vez que la doncella salió tras encender las lámparas-. Ya me las arreglaré hasta que regreses, además, así no me sentiré tan culpable. Quiero demasiado a este Bosque como para abandonarlo. Querida Sofia, creo incluso que... -se incorporó en la silla, la miró, y acabó la frase casi en un susurro- *nunca* podré volver a abandonarlo. Mi vida y mi felicidad se encuentran aquí.

Aunque ni por un momento se le pasó por la cabeza la idea de dejarle solo, rodeado de aquel Bosque que entonces podría ejercer sin trabas su influencia sobre él, al oírle decir aquello, no pudo evitar sentir una aguda y ceñida punzada de esos sutiles celos que le atormentaban. Amaba al Bosque más que a ella, lo ponía en primer lugar. Además, tras aquellas palabras se ocultaba esa idea que nunca se atrevía a formular y que tanto le inquietaba. El terror que Sanderson había traído consigo revivió y batió sus alas delante de sus propios ojos. Del conjunto de la conversación -de la que este diálogo no era sino un fragmento- se derivaba una consecuencia inefable: del mismo modo que él no podía

prescindir de los árboles, tampoco ellos podían prescindir de él. La manera tan vívida que tenía su marido de ocultar y hacer patente a la vez aquel hecho, la llenaba de un profundo desasosiego que, traspasando la frontera entre el presentimiento y la advertencia, se adentraba de lleno en el terreno de la auténtica alarma.

Él se daba perfecta cuenta de que los árboles, aquellos árboles que había cuidado, protegido, vigilado y amado, le echarían de menos.

-David, me quedaré aquí, contigo. Creo que me necesitas, ¿verdad? -aquellas palabras le salieron de lo más hondo del corazón, teñidas de ansiedad y con una nota de sentida pasión.

-Ahora más que nunca, querida. Dios te bendiga por tu dulce generosidad. Tu sacrificio -añadió- lo es aún más porque no entiendes la razón por la que tengo que quedarme.

-¿Tal vez por primavera...? -dijo con voz trémula.

-Por primavera... tal vez -le respondió suavemente, casi en un suspiro-. Entonces no me necesitarán. A todo el mundo le gustan en primavera. Es en invierno cuando se sienten solos y abandonados. Precisamente ése es el momento en que más me gusta estar con ellos. Para mí es casi un deber, una verdadera obligación.

De este modo, sin mediar más palabras, la decisión quedó tomada. La señora Bittacy, por lo menos, no hizo más preguntas. Sin embargo, tampoco consiguió forzarse a sí misma a demostrar más comprensión de la necesaria. Creía que hacerlo podía conducir a que él se explayara con más libertad y le contara cosas de las que no quería ni oír hablar. Y ése era un riesgo que no se atrevía a correr.

7

Aquella conversación tuvo lugar a finales de verano y, muy poco después, entró por fin el otoño. En realidad, dicha conversación marcó el umbral entre las dos estaciones, y al mismo tiempo, trazó la línea divisoria que señaló el cambio de su marido, que de una actitud pasiva pasó a otra desafiante La señora Bittacy casi llegó a pensar que había hecho mal en ceder; su marido se envalentonó y dejó a un lado toda ocultación. Ahora marchaba al Bosque abiertamente, olvidando todas sus obligaciones y todas sus ocupaciones anteriores. Incluso trataba de persuadirla de que le acompañara. Lo que hasta entonces había permanecido oculto resplandecía ahora sin ningún disimulo. La energía que desplegaba su marido le daba escalofríos, y no obstante, tampoco podía dejar de sentir admiración por aquel derroche de apasionamiento viril. Hacía tiempo que los celos, relegados a un segundo lugar, habían dado paso al miedo; su deseo ahora era, ante todo, protegerle. La esposa se había convertido completamente en madre.

Aunque no solía hablar mucho... estaba claro que odiaba tener que volver a la casa. Se pasaba de la mañana a la noche vagando por el Bosque; a menudo salía incluso después de cenar. Los árboles acaparaban todos sus pensamientos: su follaje, su crecimiento, su desarrollo; lo maravillosos, lo bellos y lo fuertes que eran; su soledad cuando crecían aislados y su poder cuando formaban grandes masas. Conocía el efecto que cada viento ejercía sobre ellos: el peligro del tempestuoso viento del norte; el esplendor que acompañaba al viento del oeste; la sequedad que traía el viento del este, y la suave y húmeda ternura que los vientos del sur dejaban en su ramaje cuando éste comenzaba a ralear. Se pasaba el día entero hablando de lo que sentían: cómo absorbían la luz del sol poniente, soñaban bajo el claro de luna o se estremecían al recibir el beso de las estrellas.

El rocío podía devolverles buena parte de su exaltación nocturna, pero la escarcha hacía que se hundieran bajo tierra con la esperanza de que en el futuro sus raíces volvieran a adquirir tersura. Hablaba de cómo protegían la vida a la que daban cobijo -los insectos, las larvas, las crisálidas-; y cuando los cielos descargaban trombas de agua sobre ellos, decía que se levantaban «inmóviles en un éxtasis de lluvia», y si los contemplaba al sol del mediodía, que «se erguían con elegancia sobre sus prodigiosas sombras».

En cierta ocasión, el sonido de la voz de su marido la había despertado en medio de la noche. No hablaba en sueños, estaba completamente despierto; miraba hacia la ventana donde se proyectaba la sombra del cedro al mediodía, y decía:

¡Ah!, ¿suspiras por el Líbano
siguiendo la larga brisa que fluye hacia tu Oriente delicioso?
Suspiras por el Líbano,
oscuro cedro;

y cuando, con una mezcla de fascinación y terror, se volvió hacia él y le llamó por su nombre, él se limitó a decir:

-Querida, me acabo de dar cuenta de lo solo y lo triste que se debe sentir ese árbol aquí, en nuestro pequeño jardín inglés, mientras todos sus hermanos del Oriente le llaman en sueños.

Aquella respuesta le resultó tan extravagante, tan poco «evangélica», que se quedó esperando en silencio a que él se volviera a dormir. La poesía de aquellas palabras le dejó indiferente. Le parecía innecesaria y fuera de lugar. Los celos, el miedo y la desconfianza la atormentaban.

No obstante, sus temores parecieron quedar subsumidos y se disiparon en parte ante la admiración involuntaria que sentía por la arrebatadora magnificencia del estado en que se hallaba su marido. Cuando menos, su ansiedad pasó del terreno religioso al médico. Se le ocurrió que quizá comenzaba a sufrir un ligero deterioro de sus facultades mentales. No hay forma de saber cuántas veces daba gracias en sus oraciones por la inspiración que había hecho que permaneciera a su lado para vigilarle y ayudarle. Pero no cabe duda de que, por lo menos, lo hacía dos veces al día.

En cierta ocasión, cuando el señor Mortimer, el vicario, les hizo una visita en compañía de un doctor de cierto renombre, había llegado incluso a comentarle a aquel profesional algunos de los síntomas del extraño estado en que se encontraba su marido. Su respuesta en el sentido de que «no había nada que pudiera recetarle» no hizo sino contribuir a aumentar aquella terrible perplejidad que sentía. Sin duda nunca antes sir James había sido consultado en unas circunstancias tan poco ortodoxas. Su sentido del decoro anuló de forma espontánea el instinto adquirido que le convertía en un instrumento cualificado para contribuir al bienestar del género humano.

-¿Está seguro de que no tiene fiebre? -insistía en preguntarle ella apresuradamente, decidida a sacar algo de aquel hombre.

-Señora, como ya le he dicho, no hay nada que *yo* pueda hacer -fue su respuesta.

Evidentemente no era de su agrado que se le invitara de forma encubierta a reconocer a un paciente mientras disfrutaba de una taza de té en el jardín, sobre todo cuando la posibilidad de cobrar sus honorarios era más que problemática. Le gustaba ver la lengua y tomar el pulso, pero también conocer el abolengo y el estado de la cuenta corriente de

quien le interpelaba. Aquello no sólo era algo insólito sino, además, de un gusto pésimo. Y sin duda lo era. Pero aquella mujer angustiada trataba de aferrarse desesperadamente a cualquier cosa que le diera alguna esperanza.

La actitud desafiante de su marido se había vuelto tan abrumadora que apenas se atrevía a preguntarle nada. No obstante, en la casa se mostraba en todo momento atento y cariñoso, y hacía todo lo que estaba en su mano para que su sacrificio fuera lo más llevadero posible.

-David, *de verdad,* es una locura que salgas ahora. Hace una noche muy húmeda y fría. La tierra está empapada de rocío. Vas a agarrar una pulmonía doble.

El rostro de su marido se iluminó.

-¿Por qué no vienes conmigo, querida... aunque no sea más que una vez? Sólo voy hasta el recodo de los acebos para ver ese haya aislada que parece tan solitaria.

Durante las breves horas de la tarde habían salido a dar una vuelta juntos en la oscuridad y habían pasado al lado de aquel maligno grupo de acebos donde solían acampar los gitanos. Ninguna otra planta crecía en ese lugar, tan sólo el acebo había conseguido arraigar en aquel terreno pedregoso.

-David, el haya se encuentra bien y está a salvo. -Había aprendido algo de su fraseología; el amor, aunque tardíamente, la había vuelto más espabilada-. Esta noche no hace viento.

-Pero se está levantando -respondió-. Se está levantando por el este. Lo he oído soplar entre las ramas desnudas de los hambrientos alerces. Necesitan sol y rocío; siempre gritan así cuando les da el viento del este.

Cuando la señora Bittacy oyó aquello se apresuró a dirigir una oración a su divinidad. Ahora, siempre que él hablaba de la vida de los árboles con un tono tan familiar y tan íntimo, sentía como si una lámina de hielo se apretara contra su piel *y* su carne. Le temblaba todo el cuerpo. ¿Cómo era *posible* que él supiera aquellas cosas?

No obstante, en otros muchos aspectos -y particularmente en su trato cotidiano- se mostraba sensato y razonable; cariñoso, amable, tierno. Tan sólo daba muestras de un comportamiento desquiciado y extravagante en todo lo que guardaba relación con los árboles. Curiosamente, daba la impresión de que, desde que se produjo la desmembración del cedro -un árbol que, aunque de distinta manera, ambos amaban- su comportamiento se había ido desviando cada vez más de la normalidad. ¿Por qué si no cuidaba de ellos como cuidaría un hombre a un niño enfermo? ¿Por qué alargaba sus estancias fuera, sobre todo a la hora del crepúsculo, para captar lo que él llamaba «su estado de ánimo nocturno»? ¿Por qué se preocupaba tanto por ellos cuando había amenaza de heladas o se levantaba el viento?

Una y otra vez se hacía la misma pregunta: ¿Cómo era posible que él *supiera* esas cosas?

Finalmente, su marido salió, y cuando ella fue a cerrar la puerta, oyó a lo lejos el bramido del Bosque...

Entonces otra pregunta le vino de pronto a la cabeza: ¿Y cómo era posible que ella también las supiera?

Fue como un golpe súbito que impactara al mismo tiempo sobre su cuerpo, su corazón y su mente. El hallazgo se abalanzó sobre ella desde el lugar en donde estaba emboscado y la arrolló. Aquella verdad indiscutible hizo que se le embotaran todas sus facultades mentales. Pero aunque al principio la dejó aturdida, no tardó en reaccionar, y todo su ser se aprestó a oponer una resistencia feroz. Un valor desesperado y calculado a un tiempo, similar al que

anima a los líderes de una espléndida causa perdida, inflamó a aquella pobre mujer de una fuerza grandiosa e invencible. Aunque se sabía débil e insignificante, también sabía que la fuerza en que se apoyaba era capaz de mover montañas. Su inquebrantable fe era el arma que tenía en sus manos y, a la vez, el derecho por el cual reclamaba para sí dicha fuerza. Sin embargo, era ante todo aquel espíritu de sacrificio, desprendido y absoluto, que caracterizaba su vida, el medio que la permitía hacerla suya de forma inmediata. Guiada por una especie de intuición pura e inmaculada, marchaba al combate. Su Dios y su Biblia la respaldaban.

Que tuviera semejante revelación quizá sea motivo de asombro; sin embargo, es muy posible que la explicación resida, en parte, en la propia simplicidad de su naturaleza. En todo caso, había ciertas cosas que podía ver con gran nitidez, aunque aquello le ocurriera tan sólo en momentos muy concretos: tras la oración, en medio de la quietud de la noche, o cuando se quedaba en la casa durante horas, a solas con su labor y sus pensamientos. Las orientaciones que recibía en esos momentos de inspiración se le quedaban grabadas aun cuando ya hubiera olvidado el modo en que se produjeron.

Aquellas revelaciones se presentaban sin forma y sin palabras. Le resultaba imposible traducirlas a cualquier tipo de lenguaje, pero por el mismo hecho de no quedar formuladas en frases, conservaban plenamente toda su fuerza original.

Tras varias horas de paciente espera llegó la primera, y en días sucesivos, ya con más facilidad, de una en una fueron llegando gradualmente las demás. Su marido llevaba fuera desde primeras horas de la mañana y se había llevado consigo el almuerzo. Esperaba sentada junto a la bandeja del té, con las tazas y la tetera calientes, los panecillos reposando al lado de la chimenea para que no se enfriasen, y todo listo para el momento en que él regresara, cuando, de pronto, se dio cuenta de que aquello que le había hecho salir, aquello que un día tras otro le hacía pasar tantas horas fuera de la casa, aquello que se oponía a su pequeña voluntad y a sus instintos era algo tan inmenso como el mar. No se trataba simplemente del encanto que podía tener cada árbol por separado, sino de algo masivo y descomunal. En torno a ella se alzaba hacia el cielo, a una escala gigantesca y con un poderío absolutamente prodigioso, la colosal muralla que simbolizaba su frontal antagonismo. Lo que hasta entonces le había parecido un conjunto de formas verdes y frágiles que se balanceaban y susurraban mecidas por el viento, no era -por así decirlo- más que la espuma que emerge de pronto en la distancia al borde de un abismo insondable. Los árboles, en efecto, eran los centinelas apostados en los límites de un campamento que permanecía oculto. El espantoso rumor y el murmullo del lejano núcleo principal penetraba en aquella habitación en calma y se fundía con el crepitar del fuego de la chimenea y con el silbido del calentador de agua. Allá fuera, en las lejanas profundidades del Bosque, en su mismo centro, aquella cosa que bramaba sin parar parecía estar creciendo de una forma espantosa.

Y con aquel sonido llegaba también la sensación de que la batalla que se avecinaba -la batalla entre ella y el Bosque por el alma de su marido- sería la decisiva. Aquel presentimiento era tan palpable que no le hubiera extrañado en absoluto que Thompson entrara en la habitación para informarla, con toda tranquilidad, que la casa estaba sitiada: «Disculpe señora, los árboles rodean toda la casa». Y su respuesta bien pudiera haber sido: «No pasa nada, Thompson. El grueso del ejército aún se encuentra lejos».

A esa primera certeza le siguió inmediatamente otra, cuya autenticidad le resultó tan incontestable que le produjo verdadero espanto. Se daba cuenta de que los celos no afectaban exclusivamente al mundo de los humanos y de los animales, sino que se

extendían a la creación entera: el Reino Vegetal también los experimentaba, la llamada «naturaleza inanimada» los compartía con el resto de los seres, los árboles también los sentían. Aquel Bosque que podía ver desde la ventana, erguido en el silencio del atardecer otoñal al otro extremo del jardín, también parecía entenderlo así. El flujo del deseo de ese poder implacable e infinitamente ramificado, cuyo objetivo era poseer él solo aquello que amaba y necesitaba, se expandía a través de sus millones de hojas, de tallos y de raíces. En los seres humanos, por supuesto, se trataba de un deseo consciente, y en los animales actuaba con la inmediatez de un instinto; pero en los árboles los celos se manifestaban mediante una especie de marea ciega de una ira impersonal e inconsciente, capaz de barrer toda resistencia que le saliera al paso como el viento barre la nieve en polvo de una superficie helada. Formaban una legión cuyo número se veía constantemente incrementado con nuevos refuerzos, y una vez que se habían dado cuenta de que su pasión era correspondida, su poder ya no dejaba de aumentar. Su marido amaba los árboles... Ellos se habían enterado... Y terminarían por arrebatárselo... Porque también ellos le amaban.

Entonces, mientras los pasos que venían del recibidor y el sonido de la puerta de entrada al cerrarse le informaban del regreso de su marido, vio una tercera cosa con toda claridad: se dio cuenta del abismo que se estaba abriendo entre los dos. Aquel otro amor era el causante. Durante todas aquellas semanas de verano en que se había sentido tan unida a él -especialmente tras realizar el mayor sacrificio de su vida quedándose a su lado para ayudarle-, su marido, lenta pero firmemente, había ido alejándose de ella. Ahora ese distanciamiento era ya un hecho consumado. Había ido madurando durante todo ese tiempo hasta abrir una profunda sima entre los dos. A través del vacío que los separaba, la perspectiva que se tenía de dicho cambio era particularmente cruel. Al otro lado, la imagen de su cara y de su figura, que con tanta ternura había querido e idolatrado antes, se veía lejana, borrosa, pequeña; le daba la espalda, y mientras ella le observaba, se iba alejando... se alejaba de ella.

Tomaron el té en silencio. No quiso hacerle preguntas y él, por su parte, tampoco le contó nada sobre cómo había pasado el día. Sentía que el corazón se le encogía y que la terrible soledad de la vejez se iba esparciendo por su ánimo como una neblina gélida. Le observaba con atención, mientras trataba de atenderle en todo lo que necesitaba. Tenía el pelo revuelto y las botas estaban cubiertas de una gruesa y negra capa de barro seco. Al fijarse en sus movimientos, nerviosos y oscilantes, sus mejillas palidecieron y un espantoso escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Le evocaba el movimiento de los árboles. Los ojos de su marido fulguraban.

Traía encima un olor a tierra y a bosque que casi la asfixiaba, obligándola a hacer un gran esfuerzo para poder respirar; entonces, a la luz de la lámpara, descubrió algo que la sumió en un paroxismo de inquietud que apenas podía controlar: en el rostro de su marido se apreciaba el tenue y leve rastro de un halo que le recordaba al parpadear del claro de luna entre las sombras de un bosque. Lo que allí brillaba era esa nueva felicidad que él había descubierto, una felicidad de la que ella no era causa ni parte.

Prendido del abrigo llevaba un ramillete de hojas de hayas de un amarillo desvaído.

-Te he traído esto del Bosque -dijo con un aire que era muy característico de él cuando, en otros tiempos, tenía esos pequeños detalles con los que le mostraba su cariño.

Cogió mecánicamente las hojas, esbozó una sonrisa y susurró un «gracias, querido»; era como si su marido, sin darse cuenta, hubiera puesto en sus manos el arma destinada a su destrucción, y ella la hubiera aceptado.

Cuando terminaron el té y salió de la habitación, no se fue a su estudio o a cambiarse de ropa. El suave ruido de la puerta delantera al cerrarse le indicó que su marido regresaba de nuevo al Bosque.

Un poco más tarde se encontraba en su habitación, arrodillada junto al lecho -del lado de la cama donde él dormía- hecha un mar de lágrimas y rogando fervorosamente a su Dios que le salvara y le retuviera junto a ella. Mientras rezaba, el viento golpeaba contra los cristales de las ventanas que tenía a su espalda.

8

Una soleada mañana de noviembre, cuando la tensión había alcanzado un punto que hacía que apenas fuera posible seguir refrenándola, la señora Bittacy tomó impulsivamente una determinación y se dispuso a llevarla a la práctica. Su marido había vuelto a salir, llevándose consigo el almuerzo. Decidió lanzarse a la aventura y seguirle. Había accedido ya a un grado de clarividencia tan poderoso, que se sentía impelida a tratar de llegar a un nivel sobrenatural de comprensión. De pronto, quedarse en la casa esperando su regreso sin hacer nada, le resultaba imposible. Quería saber lo que él sabía, sentir lo que sentía él, ponerse en su lugar. Se arriesgaría a enfrentarse a la fascinación del Bosque; la compartiría con él. Era un riesgo muy grande, pero de esa manera comprendería mejor cuál era el modo de ayudarle y de salvarle, y además, eso le permitiría obtener mayores poderes. No obstante, antes de partir, subió un momento a su habitación para rezar.

Vestida con una falda gruesa de mucho abrigo y con unas botas muy pesadas -las botas de campo que solía usar cuando iban juntos a los montes que rodeaban Seillans- salió de la casa por la puerta trasera y se dirigió al Bosque. En realidad, seguir a su marido era imposible, pues hacía ya una hora que había salido y no sabía con exactitud qué dirección había tomado. Sentía el apremiante deseo de estar con él en el Bosque, de caminar bajo las ramas desnudas igual que él hacía, de estar allí a la vez que él; daba igual que no fueran juntos. Se le había ocurrido que, de esa manera, quizá podría hacer suya la experiencia de esa vida terrible y poderosa que alentaba en los árboles y que él tanto amaba. Le había dicho que era en invierno cuando más le necesitaban; y el invierno ya estaba cerca. Su amor *tenía* que ayudarla a sentir lo que él sentía: la inmensa atracción, la succión y la fuerza de todo ese conjunto de árboles. Así, aunque fuera indirectamente, y sin que él lo supiera, podría compartir precisamente aquello que le estaba apartando de su lado. Cabía incluso la posibilidad de que, al hacerlo, pudiera atenuar la virulencia del ataque.

El impulso le sobrevino en uno de sus momentos de clarividencia, y lo obedeció sin vacilar en lo más mínimo. Confiaba en obtener una comprensión más profunda de aquel espantoso enigma. Y ciertamente la obtuvo, aunque no fue del modo en que ella había imaginado y esperado.

El aire estaba totalmente en calma, y en el cielo, de un frío azul pálido, no había ni rastro de nubes. El Bosque entero permanecía atento y en silencio. Sabía muy bien que ella había venido. Sabía en qué preciso instante había entrado; la vigilaba, la seguía, y una vez que se encontró dentro, algo cayó silenciosamente detrás de ella y la dejó encerrada. Sus pies no hacían ruido al pisar el tapiz de musgo que cubría las veredas; las hileras de robles y hayas le abrían paso y, a continuación, iban tomando posiciones a su espalda. No resultaba nada tranquilizador ver cómo la masa de árboles se iba espesando detrás de ella a medida que

avanzaba. Se daba cuenta de que, entre ella y la casa, se estaba concentrando un inmenso y abigarrado ejército que no paraba de crecer y que le cerraba toda vía de escape. De momento le dejaban avanzar sin oponer resistencia, pero cuando llegara la hora de salir, presentarían un aspecto muy diferente: espesos, apiñados, con todas sus ramas extendidas en actitud hostil. Su número, cada vez mayor, le abrumaba. Delante de ella el Bosque no parecía tan denso; los árboles se encontraban más desperdigados, dejando espacios abiertos en los que daba el sol. Pero cuando miraba hacia atrás, los veía a todos apiñados; formando un ejército cuyas prietas filas cegaban el sol. Impedían el paso de la luz del día, congregaban todas las sombras y levantaban una imponente muralla de ramas desnudas, tan negra como la noche. Engullían la propia vereda que estaba siguiendo, pues al echar la vista atrás -cosa que rara vez hacía- el camino se desdibujaba hasta desaparecer.

Sin embargo, allá en lo alto resplandecía la mañana y un exaltado destello parecía recorrer con un temblor el día entero. Era lo que ella siempre había conocido como «un tiempo para niños»; despejado, inofensivo, sin ningún signo de peligro, sin nada que hiciera presagiar la presencia de algo inquietante o amenazador. Firme en su propósito, mirando hacia atrás lo menos posible, Sophia Bittacy se iba internando lenta y pausadamente en el silencioso corazón del bosque; dentro, cada vez más dentro...

De pronto, al llegar a un espacio abierto inundado de luz, se detuvo. Era uno de los remansos del bosque. Esparcidas a trechos por el suelo había matas de helechos secos y marchitos de un gris sucio *y,* aquí *y* allá, se distinguían también algunos arbustos de brezo. Su perímetro estaba totalmente cubierto de árboles que parecían mirarla: robles, hayas, acebos, fresnos, pinos, alerces, y también algunos grupos espaciados de enebros. Al detenerse a descansar en la linde de aquel rincón del bosque había desobedecido por primera vez la voz de su instinto. Porque lo que aquella voz le decía era que siguiera. En realidad, ella no quería pararse.

Ésta fue la insignificante circunstancia que hizo que le llegara el mensaje que un vasto Emisor le había enviado por el aire.

-Han hecho que me detenga -pensó, invadida de un terrible sentimiento de aprensión.

Recorrió con la mirada aquel paraje apacible y anciano. No se advertía ningún movimiento. No había signo alguno de vida animal: no se oía el canto de los pájaros ni el corretear de los conejos que huyeran ante su proximidad. El silencio que reinaba en aquel lugar era desconcertante y sobre él, como si se tratara de una pesada cortina, flotaba una atmósfera de solemnidad. Hacía que a uno se le encogiera el corazón. ¿Sería algo así lo que sentía su marido; esa sensación de encontrarse atrapado en una maraña de tallos y ramas, de raíces yhojas?

-Esto siempre ha estado así -pensó, sin saber muy bien por qué se le había ocurrido aquello-. Nunca ha cambiado.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, la cortina de silencio fue descendiendo y espesándose a su alrededor.

-¡Miles de años... estoy rodeada de algo que tiene miles de años! ¡Y detrás de este lugar se encuentran todos los bosques del mundo!

Aquellas ideas eran tan contrarias a su temperamento, tan ajenas a todo lo que le habían enseñado sobre lo que había de buscarse en la Naturaleza, que trató de desterrarlas de su mente. Hizo un esfuerzo para resistirse. Pero todo era inútil, se aferraban a ella, la obsesionaban, se negaban a desaparecer. La textura de la densa y pesada cortina que colgaba sobre aquel lugar pareció volverse más tupida. Le costaba respirar.

Entonces, creyó advertir que la cortina se movía. En algún lugar se había producido un movimiento. Esa presencia oscura e indefinida que siempre acecha tras la apariencia externa de los árboles se estaba acercando. Contuvo el aliento, miró fijamente a su alrededor, y aguzó los oídos. Aunque quizá se debiera al hecho de que ahora podía distinguir los árboles con mayor nitidez, lo cierto es que le parecían cambiados. Una ligera alteración se iba extendiendo por todos ellos. Al principio fue algo tan nimio que se resistió a aceptarlo. Después, aunque todavía de forma un tanto confusa, fue creciendo hasta que por fin se manifestó exteriormente con toda claridad. «Tiemblan y se transforman», aquel terrible verso del poema que había recitado Sanderson le vino súbitamente a la memoria. Pero lo más sorprendente era que, a pesar de la torpeza que suele acompañar a la ejecución de un movimiento de tal envergadura, el cambio se había producido con suma agilidad. Todos se habían vuelto hacia ella. Eso era lo que había ocurrido. *La miraban.*

Era así como su mente, confundida y aterrorizada, trataba de explicarse aquel cambio. Hasta entonces las cosas habían sido muy distintas: ella los había mirado siempre desde su propio punto de vista; ahora les tocaba a ellos mirarla desde el suyo. Era una mirada fija que se clavaba en sus ojos y en su cara, que le recorría todo el cuerpo. Su forma de mirarla expresaba crueldad, rencor, hostilidad. A lo largo de su vida, los había observado de muy diversas maneras pero siempre de un modo superficial, atribuyéndoles aquellos rasgos que su propia mente le sugería. Ahora ellos mismos le sugerían lo que *realmente* eran y no la mera interpretación que alguien tenía de ellos.

Aunque permanecían inmóviles y en silencio, parecían estar henchidos de vida; de una vida que exhalaba un encantamiento suave y terrible que la tenía hechizada. Se iba ramificando por su cuerpo y trepaba hasta alcanzar su cerebro. La colosal fascinación del Bosque la había atrapado. En aquel rincón apartado, inalterable a lo largo de los siglos, se hallaba ya muy cerca del lugar donde latía el corazón oculto de toda aquella gran masa de árboles. Y éstos, conscientes de su presencia, se habían dado la vuelta para lanzar sobre la intrusa una vasta e infinita mirada. Le gritaban en medio de aquel silencio. Quería devolverles la mirada, pero era como tratar de mirarle a los ojos a una multitud, y su vista tenía que limitarse a pasar rápidamente de uno a otro sin conseguir nunca fijarse en ninguno. A los árboles sin embargo, a todos y cada uno de ellos, les resultaba muy sencillo mirarla. Incluso las hileras que tenía a su espalda la estaban observando. No podía responderles. Se dio cuenta de que su marido, en cambio, sí que podía hacerlo. A ella le resultaba imposible; esa mirada fija la turbaba demasiado, era como si la estuvieran desnudando. Veían mucho de lo que ella era... mientras que ella apenas podía ver nada de ellos.

Sus esfuerzos por devolverles la mirada eran patéticos y el continuo movimiento de sus ojos no hacía sino aumentar su desconcierto. Abrumada por aquella mirada enorme y espantosa que sentía en todas partes, clavó sus ojos en el suelo y luego los cerró. Trató con todas sus fuerzas de mantener los párpados apretados.

Pero la mirada de los árboles penetraba incluso en la oscuridad interior que se abría tras sus prietos párpados, no había manera de escapar. Sabía que allá fuera las hojas de los acebos seguían brillando suavemente bajo la luz de la mañana, que por encima de ella las hojas secas de los robles colgaban con fragilidad en el aire, que las agujas de los pequeños enebros apuntaban todas en una misma dirección. La difusa percepción del Bosque había convergido sobre su persona y no bastaba con cerrar los ojos para ocultar esa mirada dispersa y concentrada a la vez; la visión de los grandes bosques que todo lo abarca.

No había viento, pero por doquier se oía la vibración de alguna hoja solitaria, que colgada de su seco tallo, se agitaba a gran velocidad. Era el centinela que avisaba de su presencia. De nuevo, como ya le ocurriera unas semanas atrás, percibió al Ser que formaba el conjunto de los árboles como si se tratara de una marea que le rodeaba. La marea había cambiado. Le vino a la memoria el recuerdo de sus estancias infantiles en la costa, cuando su aya le decía: «Ya ha cambiado la marea; tenemos que volver a casa». Entonces, recordaba, veía agolparse en el horizonte las masas verdes de agua y se daba cuenta de que, lentamente, se iban acercando. Aquella masa gigantesca, cuya propia inmensidad le impedía moverse con rapidez, pero que, sin embargo, parecía estar dotada de una determinación inquebrantable, avanzaba hacia ella. El cuerpo fluido del mar se iba deslizando bajo el cielo en dirección a aquel punto de las doradas arenas donde ella estaba jugando. Esa imagen y esa idea siempre le habían sobrecogido; era como si su insignificante persona fuera el objetivo hacia el que se dirigía todo el avance del mar. «Ya ha cambiado la marea; será mejor que volvamos a casa.»

Eso era precisamente lo que estaba ocurriendo ahora con el bosque; lento, seguro, constante, y con un movimiento tan inapreciable como el del propio mar, el bosque avanzaba. La marea había cambiado. La pequeña presencia humana que había osado adentrarse en su descomunal y verde espesura era su objetivo.

Todo esto lo tenía muy claro mientras permanecía sentada, esperando, con los párpados fuertemente apretados. Pero un instante después abrió los ojos; se había dado cuenta de otra cosa. En realidad no era su presencia la que deseaban. Era la presencia de otra persona. Entonces lo comprendió todo. Al abrir los ojos había sonado un chasquido, pero no era ella quien lo había producido, venía de fuera. Al otro lado del claro, en un lugar que el sol inundaba de paz y de calma, vio la figura de su marido entre los árboles; un hombre, como si fuera un árbol más, caminando.

Avanzaba muy despacio, con las manos a la espalda y la cabeza erguida; parecía estar absorto en sus pensamientos. Aunque apenas les separaban más de cincuenta pasos, no daba señal alguna de haberse apercibido de su presencia, allí, tan cerca. Pasó frente a ella con expresión abstraída y con todos los sentidos vueltos enteramente hacia dentro, igual que una figura salida de un sueño, y como ocurre en los sueños, le vio alejarse. Una tormenta de amor, de anhelos, de compasión, se levantó dentro de ella, pero como si todo aquello fuera una pesadilla, era incapaz de hablar o de moverse. Se quedó sentada viendo cómo se alejaba -cómo se alejaba de ella- hacia los lugares más recónditos de aquella espesura verde que todo lo envolvía. El deseo de salvarle, de pedirle que se detuviera y volviera la arrebataba, pero no podía hacer nada. Le vio alejarse de ella, alejarse por su propio impulso y voluntad; vio cómo las ramas se iban cerrando a su paso y le ocultaban. Su figura se fue desvaneciendo en un temblor de luces y sombras. Los árboles le habían cubierto. La marea se le había llevado sin que él opusiera ninguna resistencia; se alegraba de irse. Sobre el suave regazo verde de aquel mar se alejó flotando hasta perderse de vista. Sus ojos ya no podían seguirle. Había desaparecido.

En aquel instante, a pesar de la distancia que les separaba, advirtió por vez primera la expresión de paz y de felicidad que tenía su rostro; estaba embelesado, henchido de gozo, aquella era la mirada de un joven. Era una expresión que, en los últimos tiempos, nunca le había mostrado. Pero ella la *había* conocido. Hacía muchos años, al principio de su vida de casados, la había visto en su rostro. Ahora ya no obedecía a la llamada de su presencia y de su amor. Tan sólo los bosques podían devolvérsela; ya sólo respondía a la llamada de los

árboles. El Bosque se había apoderado de su marido, se lo había arrebatado por entero... el alma y el corazón incluidos.

Su vista, que había estado sumergida en los desvaídos paisajes del recuerdo, regresó de nuevo a las realidades exteriores. Miró a su alrededor, y su amor, que regresaba frustrado y con las manos vacías, la dejó a merced de la invasión del terror más desolador que jamás hubiera conocido. Que tales cosas fueran reales y ocurrieran era algo para lo que no estaba en absoluto preparada. El terror invadió hasta los recodos más serenos de su corazón, que hasta entonces jamás habían conocido lo que fuera sentir un temblor. No podía -al menos por el momento- acudir ni a su Biblia ni a su Dios. Desconsolada en medio de un mundo vacío donde imperaba el miedo, se quedó allí sentada, con los ojos demasiado secos y doloridos para el llanto, pero sintiendo un frío tan gélido como si tuviera una capa de hielo adherida a la carne. Miraba a su alrededor sin ver nada. El horror que acecha en la paz del mediodía, cuando los árboles se yerguen inmóviles iluminados por un resplandor artificial, reinaba a su alrededor. Sentía su presencia delante y detrás de ella. Más allá de aquel silencio furtivo, justo en sus márgenes, discurrían aquellos seres de otro mundo. Pero ella era incapaz de percibirlos. Su marido, en cambio, sí; él sabía de su belleza y del temor reverencial que podían inspirar, pero todo aquello quedaba fuera de su alcance. No podía compartir con él ni la más humilde de esas experiencias. En pleno corazón del bosque, más allá del resplandor del mediodía invernal, se hallaba otro universo rebosante de vida y de pasión al que ella no tenía acceso. El silencio lo velaba, la quietud lo mantenía oculto; pero su marido caminaba a su lado y lo comprendía. Su amor le permitía interpretarlo.

Se puso de pie, dio unos pocos pasos inseguros, se tambaleó, y volvió a caer sobre el musgo. No era por ella por quien sentía aquel terror; ningún miedo egoísta podía alcanzar a alguien cuyas angustias y afanes estaban volcados en la persona a la que amaba con tanta valentía. En aquel instante de total abandono, cuando ya había comprendido que la batalla estaba perdida y pensaba que hasta su Dios la había abandonado, de pronto, volvió a encontrarlo a su lado, como una pequeña presencia en el terrible corazón de aquel Bosque hostil. Al principio no advirtió que Él estaba allí; no lo reconoció bajo aquella extraña apariencia que le resultaba inaceptable. Porque su presencia era demasiado cercana, demasiado íntima, dulce y reconfortante; y al mismo tiempo, tan dificil de comprender... como la Resignación.

De nuevo hizo un esfuerzo para ponerse en pie, esta vez con éxito, y comenzó a avanzar lentamente por la vereda que le había conducido a aquel lugar. En un primer momento le sorprendió -aunque la sorpresa no le duraría mucho- la facilidad con que encontraba el camino. Y si aquella sorpresa duró sólo un instante fue porque no tardó en comprender la verdad. Los árboles se alegraban de verla marchar. Le estaban ayudando a encontrar el camino. El Bosque no la quería.

Sí, la marea se acercaba, pero no venía a por ella.

Y así, en otro de aquellos destellos de clarividencia que últimamente habían alzado su existencia a un plano más elevado, vio y comprendió aquel terrible asunto en su totalidad.

Hasta entonces, aunque no hubiera llegado a formularlo en pensamientos o en palabras, lo que temía era que, de una u otra manera, los bosques que su marido tanto amaba terminaran por arrebatárselo -lo absorbieran- e incluso, de algún modo misterioso, llegaran a matarlo. Ahora se daba cuenta de lo equivocada que había estado, y al percatarse de ello, la

intensa agonía de aquel horror la invadió completamente. Los celos que ellos sentían no eran los mezquinos celos de los animales y de los seres humanos. Le querían para ellos porque le amaban, pero no lo querían muerto. Rebosante de entusiasmo y de una vitalidad espléndida, así era como lo querían. Lo querían... vivo.

Era ella la que se interponía en su camino, y era a ella a quien tenían la intención de quitar de en medio.

Fue esto lo que hizo que se sintiera totalmente indefensa. Estaba en la playa, enfrentada a un océano que avanzaba lentamente hacia ella. Porque, del mismo modo que todas las fuerzas de una persona se combinan de forma inconsciente para expulsar un grano de arena que, al contacto con la piel, produce una sensación molesta, la totalidad de aquello que Sanderson había denominado la Consciencia Colectiva del Bosque se esforzaba por expulsar a aquel átomo humano que se interponía en el camino que conducía ala satisfacción de sus deseos. El amor que sentía por su marido había hecho que entrara en contacto con la piel del Bosque. Era a ella, no a él, a quien iban a llevarse y a expulsar; era a ella, no a él, a quien iban a destruir. Querían y necesitaban a su marido; lo mantendrían con vida. Tenían la intención de llevárselo vivo.

Llegó a la casa sana y salva, pero nunca recordó cómo encontró el camino de regreso. Lo cierto es que se lo pusieron muy fácil. Hasta las mismas ramas parecían apremiarla para que se marchara.

Cuando salió de aquel sombrío recinto, sintió como si detrás de ella un majestuoso Ángel de los Bosques dejara caer sobre el umbral una espada flameante, formada por una innumerable multitud de hojas que erigían una barrera verde, reluciente e infranqueable. Nunca más volvió a entrar en el Bosque.

.....

Continuó ocupándose de sus quehaceres cotidianos con una calma y un sosiego que a ella misma le asombraron, pues no parecían cosa de este mundo. Habló con su marido cuando regresó a tomar el té... tras la caída de la noche. A veces, la resignación viene acompañada de un extraño y formidable valor... ya no hay nada que perder. El alma se muestra dispuesta a correr cualquier riesgo y se atreve a todo. ¿Quién sabe si, en ocasiones, no será un atajo para elevarse a un plano superior?

-David, esta mañana, un poco después de que tú te fueras, yo también estuve en el Bosque. Te vi.

-¿Verdad que era maravilloso? -se limitó a responder mientras inclinaba ligeramente la cabeza. En su mirada no se apreciaba ningún signo de sorpresa o de enfado; quizá tan sólo un tenue atisbo de fastidio. Lo que había dicho no era en realidad una verdadera pregunta. Su actitud le hizo pensar en un árbol de jardín que, al sufrir súbitamente el ataque del viento, se ve forzado a inclinarse en contra de su voluntad; algo de esa ligera renuencia con que los árboles se dejan vencer por el viento se apreciaba en él. Así era como ahora se imaginaba muchas veces a su marido, mediante algún símil arbóreo.

-Sí, querido, desde luego que era maravilloso. Pero a mí me resulta demasiado... demasiado grande y extraño -le respondió en voz baja, con una entonación poco articulada, aunque sin llegar al balbuceo.

Aunque no se apreciaba en su tono, lo cierto es que bajo la suavidad de aquella voz, latía el temblor de las lágrimas. Sin embargo, consiguió contenerse.

Se produjo un momento de silencio y después añadió él:

-A mí cada día que pasa me parece más maravilloso.

Su voz se fue dispersando por aquella habitación iluminada como si se tratara del murmullo del viento entre las ramas. La expresión de juventud y de felicidad que había advertido en su rostro cuando estaba fuera había desaparecido por completo, en su lugar se apreciaba ahora la expresión de hastío de quien se encuentra ligeramente molesto por hallarse en un entorno poco acogedor en el que no se siente a gusto. La casa era lo que detestaba; tener que regresar a las habitaciones, las paredes *y* los muebles. El techo *y* las ventanas cerradas le hacían sentirse preso. Sin embargo, no había en su actitud nada que indicara que la presencia de su mujer le incomodara. De hecho, más bien parecía no importarle en absoluto; era como si no se percatara de ella. Durante largos períodos de tiempo, casi daba la impresión de que se le hubiera borrado de la mente; no parecía darse cuenta de que estaba allí. No la necesitaba. Vivía solo. Los dos vivían solos.

Los signos externos que ponían de manifiesto que reconocía que aquel espantoso combate se libraba contra ella y que aceptaba las condiciones impuestas para su rendición, eran verdaderamente patéticos. Ya no ponía el botiquín en la mesilla; mandaba que se le preparara a su marido el almuerzo para llevar, sin necesidad de que él lo pidiera; se iba a la cama sola muy temprano, sin echar el candado a la puerta de entrada; y dejaba leche, pan y mantequilla junto a la lámpara del recibidor. Todas estas concesiones se había visto impelida a hacer. Cada vez era más normal que su marido -a menos que hiciera muy mal tiempo- saliera incluso después de la cena y pasara varias horas en el bosque. No obstante, nunca se dormía hasta que le llegaba desde el piso de abajo el sonido de la puerta de entrada al cerrarse y reconocía, al cabo de un momento, sus pasos subiendo las escaleras con cuidado y entrando finalmente en la habitación sin hacer ruido. Hasta que no oía a su lado la respiración profunda y acompasada de su marido no se dormía. Ya no le quedaba ninguna fuerza ni ningún deseo de resistirse. El contrincante al que se enfrentaba era demasiado grande y poderoso. Su rendición incondicional era un hecho consumado. Se remontaba al día en que le siguió al Bosque.

Por otro lado, el momento de la evacuación -de su propia evacuación- parecía hallarse ya muy próximo. Se acercaba en silencio, cada día un poco más, lenta pero inexorablemente, como la marea creciente que tanto solía asustarla. De pie junto a la línea dejada por la marea alta, esperaba con tranquilidad a que la arrastrara. Durante todos aquellos días terribles del invierno, el Bosque que rodeaba la casa había estado observando desde el otro extremo del jardín cómo se iba acercando, *y* había guiado sus silenciosas oleadas *y* corrientes hacia sus pies. A lo único que ella nunca había renunciado era a su Biblia y a sus oraciones. Sin embargo, aquella resignación tan absoluta también había traído aparejada una comprensión extraña y más profunda de la situación; y si bien no podía compartir el terrible abandono de su marido a esos poderes externos a él, sí que podía -y de hecho así lo hacía- aferrarse, siquiera fuera tentativamente, a algunas nociones vagas que quizá hicieran de aquel abandono algo... posible, sí, pero más que meramente posible, algo que, por insólito que pudiera parecer, tampoco era intrínsecamente perverso.

Hasta aquel momento ella había considerado siempre que el mundo del más allá se dividía en dos mitades bien diferenciadas: a un lado estaban los espíritus del bien y al otro los del mal. Pero ahora, con caminar vacilante y silencioso, con el mismo sigilo con que andan los dioses, le venía a la mente la idea de que, al margen de aquellas categorías tan claramente definidas, bien podían existir otras Potencias que no pertenecían de forma clara

ni a una ni a otra. Su pensamiento no iba más allá. Pero la estrechez de su mente pudo albergar esa idea grandiosa y, gracias a su gran corazón, allí se quedó. En cierto modo le servía de consuelo.

La incapacidad o -como prefería decir ella- la negativa de su Dios a interferir y a prestarle su auxilio, fue algo que, hasta cierto punto, también terminó por comprender. Seguramente -y aquello era algo que cada vez le costaba menos esfuerzo imaginar- no era éste un caso en el que estuvieran involucradas las fuerzas del mal, sino más bien algo que suele mantenerse alejado de los seres humanos, algo ajeno y que, generalmente, pasa inadvertido. Entre aquellos dos mundos se abría un abismo, pero el señor Sanderson *había* tendido un puente sobre él con sus charlas, sus explicaciones y su actitud. Gracias a ello, su marido había encontrado el camino que conducía a aquel otro lugar. Su temperamento y su natural inclinación hacia los bosques habían ido preparando su alma, de modo que, cuando vio aquella vía despejada, la tomó; era el camino más fácil. Naturalmente la vida está abierta a cualquier posibilidad y su marido tenía derecho a elegir dónde quería vivirla. Había elegido hacerlo... lejos de ella y lejos del resto de los hombres, pero no necesariamente lejos de Dios. Aquella era una concesión enorme a la que en ocasiones se acercaba, pero que nunca quiso contemplar cara a cara; era demasiado revolucionaria. Pero la posibilidad de que así fuera se asomaba a veces a su mente perpleja. Quizá aquello retrasara el progreso espiritual de su marido o quizá lo acelerara, ¿cómo saberlo? Al fin y al cabo, ¿por qué Dios, que ha ordenado todas las cosas de este mundo hasta el más mínimo detalle, desde la trayectoria del sol hasta la caída de un simple gorrión, habría de oponerse a su libre elección o tratar de interferir para ponerle trabas y detenerle?

Contemplada bajo aquel nuevo aspecto, la resignación terminó por resultarle más llevadera. Aunque no consiguiera hacer que se sintiera en paz, al menos le reconfortaba. Luchaba contra todo lo que pudiera suponer un menosprecio de su Dios. Quizá bastaba con que Él ... lo supiera.

-Querido, ¿no te sientes solo cuando estás en el bosque? ¿Está Dios contigo? -se aventuró a preguntarle una noche mientras él entraba de puntillas en la habitación casi de medianoche.

-De una forma majestuosa, porque está en todas partes. -le respondió inmediatamente lleno de entusiasmo-. Ojalá tú...

Pero ella se tapó los oídos con la ropa de cama. Oír aquella invitación de sus labios era más de lo que podía soportar. Era como si le pidiera que marchara alegremente a su propia ejecución. Enterró su rostro entre las sábanas y las mantas, y se puso a temblar.

9

Así pues, la idea de que era ella quien tenía que irse se le quedó grabada en la mente y fue creciendo. Era quizá el primer síntoma de ese debilitamiento del juicio que indicaba la sin guiar forma en que se iba a producir su partida. Los árboles sabían que lo único que se interponía en su camino era su oposición mental. Una vez que hubiera sido superada y aniquilada, su presencia fisica carecería de importancia. Resultaría inofensiva.

Al aceptar su derrota, en la medida en que había terminado por creer que aquella obsesión no era realmente maligna, había aceptado también las condiciones de una soledad atroz. Ahora su marido se encontraba más alejado de ella que la propia luna. No tenían invitados.

Las visitas eran pocas y muy espaciadas y, además, las alentaban aún menos que antes. El oscuro vacío del invierno se abría ante ellos. No había nadie entre sus vecinos en quien pudiera confiar sin que hacerlo fuera un signo de deslealtad hacia su marido. De haber estado soltero, el señor Mortimer podría haberla ayudado a sobrellevar aquel desierto de soledad que había hecho presa en ella; pero, en aquel caso, el obstáculo era su esposa; pues la señora Mortimer llevaba sandalias, creía que el alimento más completo para el ser humano eran las bayas, y se permitía otra serie de extravagancias que la clasificaban de forma inequívoca entre los «signos de las postrimerías» a los que había aprendido a considerar peligrosos. Estaba hundida en la más absoluta de las soledades.

Y fue precisamente la soledad, que al relajar los controles de la mente permite que ésta se alimente de sus propios delirios, la causa a la que ha de atribuirse el progresivo trastorno y derrumbe de su buen juicio.

Con la llegada definitiva de los fríos, su marido abandonó sus excursiones nocturnas. Pasaban las tardes juntos en torno al fuego del hogar; él leía el *Times* e incluso volvió a sacar el tema de su aplazado viaje al extranjero de la primavera siguiente. No se le notaba inquieto por aquel cambio; parecía encontrarse satisfecho y a gusto. De los árboles y de los bosques apenas hablaba; se encontraba mucho mejor de salud que si hubiera cambiado de aires, y con ella se mostraba siempre tierno, afectuoso y solícito en todas las pequeñas cosas, como en los ya lejanos días de su luna de miel.

Pero ella no se dejaba engañar por aquella profunda calma; se daba perfecta cuenta de que lo único que quería decir era que se sentía seguro de sí, seguro de ella y seguro también de los árboles. En lo más hondo de su ser las cosas seguían igual que antes, aquello era algo demasiado sólido y profundo, algo que estaba tan estrechamente ligado al núcleo de su ser que ni tan siquiera dejaba traslucir esas fluctuaciones superficiales que suelen acompañar a los desórdenes internos. Su vida se ocultaba tras los árboles. Incluso sus fiebres, que siempre eran motivo de preocupación cuando llegaban las humedades del invierno, le habían respetado en esta ocasión. Ahora entendía por qué. Las fiebres eran una consecuencia del esfuerzo que los árboles realizaban para apoderarse de *él, y* del propio esfuerzo que él tenía que hacer para responderlos y marcharse con ellos; eran el síntoma físico de una intensa inquietud que no había comprendido hasta que llegó Sanderson con sus malditas explicaciones. Ahora las cosas habían cambiado. Se había tendido el puente. Y él... se había ido.

Entretanto, el alma valiente, leal y tenaz de la señora Bittacy, se encontraba absolutamente sola, e incluso trataba de facilitarle el tránsito lo más posible. Tenía la sensación de encontrarse en el fondo de un enorme barranco que se abría en su mente, cuyas paredes las formaban árboles en lugar de rocas; unos árboles majestuosos que se alzaban hacia el cielo y la rodeaban por todas partes. Sólo Dios sabía su paradero. Él la observaba, y lo permitía, incluso es posible que lo aprobara. Por lo menos... Él lo sabía.

Durante aquellas tardes sosegadas que pasaban sentados en torno al fuego del hogar mientras escuchaban cómo deambulaban los vientos alrededor de la casa, su marido seguía teniendo un acceso permanente al mundo que le había habilitado su extraña pasión. En ningún momento se encontraba separado de él. Ella se quedaba mirando al periódico desplegado que le cubría desde la cara hasta las rodillas, se fijaba en las volutas de humo que emergían por encima de sus bordes, advertía que tenía un pequeño agujero en los calcetines de andar por casa, y escuchaba los párrafos que, como solía hacer antes, le leía de vez en cuando en voz alta. Pero todo aquello no era más que un velo que su marido ex-

tendía sobre su persona a propósito. Protegido tras él... se escapaba. Era el viejo truco del prestidigitador que trata de atraer la atención hacia algún detalle insignificante, mientras lo esencial ocurre sin que nadie se dé cuenta. Lo hacía a las mil maravillas, y ella le quería aún más por las molestias que se tomaba para evitarle padecimientos. Sin embargo, tampoco ignoraba que el cuerpo que estaba apoltronado en aquel sillón que tenía delante, tan sólo contenía un pequeño fragmento de su verdadero ser. Era poco más que un cadáver. Una forma vacía. La esencia de su alma se encontraba allá fuera, en el Bosque; o aún más lejos, junto a aquel corazón que nunca paraba de bramar.

Al caer la noche, el Bosque se acercaba con osadía y empujaba contra los propios muros y ventanas de la casa; echaba una ojeada por ellas, y aprisionaba el edificio pasando sus brazos por encima de las tejas de pizarra y las chimeneas. Los vientos no paraban de corretear por el jardín y por los senderos de grava; se oía acercarse unos pasos, luego alejarse, y al cabo de un rato volver de nuevo. Siempre parecía haber alguien hablando en el Bosque, alguien que también estaba dentro de la casa. La señora Bittacy se cruzaba con ellos en las escaleras; oía el ruido tenue y amortiguado que hacían cuando, después del anochecer, corrían con ágiles zancadas por pasillos y rellanos; era como si algunos trozos desprendidos del día se hubieran quedado atrapados dentro, entre las sombras, y ahora trataran de salir. Andaban dando tumbos en silencio por toda la casa. Esperaban a que ella hubiera pasado de largo para lanzarse a correr en busca de alguna salida. Su marido siempre sabía donde se encontraban. En más de una ocasión le había visto evitarlos de forma deliberada... porque ella estaba presente. Varias veces había observado cómo se quedaba quieto, escuchando, cuando pensaba que ella no andaba cerca, y al cabo de un rato, había oído cómo se aproximaban cruzando el silencioso jardín a grandes zancadas. Pero él hacía ya bastante que los había oído moverse allá a lo lejos, entre los vientos de la noche. Llegaban rápidamente, siguiendo -bien lo sabía- la misma vereda de turba por la que ella había salido del Bosque la última vez; silenciaba el ruido de sus pasos exactamente igual que había hecho con los suyos.

Tenía la sensación de que los árboles estaban siempre con él en la casa, incluso en el dormitorio. Les daba la bienvenida, ignorando que también ella lo sabía, y temblaba.

Una noche la cogieron desprevenida en su dormitorio. Acababa de despertar de un sueño profundo, cuando se le vinieron encima antes de que tuviera tiempo de reunir fuerzas para controlarse.

El viento, tras bramar violentamente durante todo el día, por fin había amainado; sólo quedaban algunas ráfagas sueltas que seguían revoloteando perdidas en la noche. La luna llena vertía sus rayos en cascada entre las ramas de los árboles. En el cielo aún corrían retazos deshilachados de nubes con formas monstruosas; pero en la tierra, todo estaba en calma. Desde la inmóvil hueste arbórea llegaba el repicar de miles de gotas. La humedad hacía que los troncos relucieran y emitieran pequeños destellos allí donde les daba la luz de la luna. Había un fuerte olor a moho y a hojas secas. Un intenso aroma impregnaba la atmósfera.

De todo esto se había dado cuenta nada más despertar; porque tenía la sensación de haber estado en algún otro lugar, de haber estado... siguiendo a su marido... ¡era cómo si hubiera salido *fuera!* Aquello no era un sueño, sino una realidad innegable e inquietante. Pero ya se había marchado, había desaparecido, se había perdido en la noche. Estaba sentada en la cama. Ella, al menos, había regresado.

Las persianas estaban subidas y la luz de la luna se filtraba en la habitación a través de las

ventanas, iluminándola con un pálido resplandor. Miró a la figura de su marido; dormía profundamente a su lado. Pero lo que le cogió desprevenida y la llenó de espanto fue que, al despertar de forma tan súbita e inesperada, sorprendió a aquellas cosas dentro de la habitación, rodeando de cerca a su marido mientras dormía. La audacia atroz que demostraban -su presencia no parecía importarles en lo más mínimo- la aterrorizó hasta tal punto que, sin darle tiempo a reunir fuerzas para controlarse, se puso a gritar. Gritó sin darse cuenta de lo que hacía; fue un aullido de terror largo y agudo que pareció llenar la habitación, aunque, en realidad, apenas si produjo sonido alguno. Aquellos seres húmedos y relucientes se agrupaban erguidos en torno a la cama. Distinguió sus siluetas bajo el techo; la masa de verdor de sus frondas se extendía difusa por paredes y muebles. Sus formas se desplazaban de uno a otro lado, sólidas *y* traslúcidas, finas y voluminosas. Se movían *y* giraban sobre sí mismas al son de un ruido sordo similar al suave susurro de innumerables hojas. Había en aquel sonido algo dulce y subyugador que hizo que cayera en una especie de trance. Tomados uno a uno resultaban muy gráciles y, sin embargo, cuando formaban grupo eran terribles. Le invadió una intensa sensación de frío. Las sábanas que apretaba contra su cuerpo parecían haberse vuelto de hielo.

Gritó por segunda vez, pero el sonido apenas pasó de su garganta. El hechizo iba penetrando cada vez más adentro hasta alcanzarle el corazón. Remansaba el fluir de su sangre y le extraía la vida a chorros, haciéndolos fluir en dirección a ellos. En aquel momento resistirse parecía imposible.

Entonces su marido comenzó a rebullir y se despertó. Al instante, las formas se irguieron cuan altas eran y, con asombrosa agilidad, se agruparon. Redujeron su extensión y se desperdigaron en el aire, como un efecto luminoso que quedara borrado por las sombras. Era algo impresionante y de una enorme belleza. Una capa de sombras de un color verde pálido que, sin embargo, seguía conservando forma y sustancia, llenaba la habitación. Se oyó el rumor de un movimiento silencioso mientras aquellos Seres pasaban flotando delante de ella para, finalmente, desaparecer.

No obstante, pudo distinguir con toda claridad cómo se produjo su marcha, pues mientras huían tumultuosamente a través de la apertura que había en la parte superior de la ventana, vio aquellos mismos «rizos» -aquella especie de espirales- que ya había visto sobre el jardín varias semanas atrás cuando hablaba Sanderson. La habitación volvió a quedar vacía.

En medio de la postración que siguió a aquella escena, oyó la voz de su marido; parecía llegarle desde una enorme distancia. También se oyó a sí misma respondiéndole. Ambas voces sonaban extrañas y su forma de hablar era completamente distinta a la que solía ser habitual entre ellos; hasta las mismas palabras le parecían antinaturales:

-¿Qué pasa, querida? ¿Por qué me despiertas precisamente *ahora?* -El sonido de su voz se asemejaba al suspiro del viento al soplar entre las ramas de los pinos.

-Hace tan sólo un instante algo ha pasado junto a mí, flotando por el aire de la habitación. Después ha salido para perderse de nuevo en la noche. -También el sonido de su voz se parecía al de un viento atrapado en una maraña de hojas.

-Querida, *era* el viento.

-Pero te llamaba, David. Te llamaba... a ti ... por tu nombre.

-El movimiento de las ramas, querida, eso es lo que has oído. Venga, vuelve a dormirte, por favor, duerme.

-Tenía ojos por todas partes; cientos de ojos, por delante, por detrás... -al decir aquello había alzado la voz. En cambio, la voz de su marido al responderle sonaba más baja, más

lejana y extrañamente apagada.

-Querida, es la luna reflejada en un mar de ramas y hojas mojadas de lluvia lo que has visto.

-Pero me ha asustado. He perdido a mi Dios... y te he perdido a ti. ¡Me muero de frío!

-Es el frescor del amanecer querida. El mundo entero duerme. Vamos, duerme tú también.

Le susurraba las palabras junto al oído. Sintió cómo su mano le acariciaba. Su voz era suave y tranquilizadora. Pero sólo una parte de él le hablaba; lo que tenía tumbado a su lado, pronunciando aquellas extrañas frases y forzándola incluso a elegir las singulares palabras que ella misma empleaba, era un cuerpo semivacío. El hechizo oscuro y abominable que emanaba de los árboles se encontraba muy cerca de ellos en la habitación; solitarios y antiguos, los nudosos árboles del invierno murmuraban agrupados en torno a la vida humana que amaban.

-¡Deja que vuelva a dormirme! -oyó que le decía con un susurro mientras se volvía a cubrir con las sábanas-. ¡Deja que regrese a la paz profunda y placentera de la que me has sacado...!

El tono soñador y feliz de su voz y aquella expresión juvenil y alegre que podía distinguir en su semblante bajo la luz tamizada de la luna, hizo que volviera a sentir el hechizo que emanaba de aquellos seres verdes y brillantes. Penetraba en lo más hondo de su ser. Sintió cómo el sueño la buscaba a tientas. Cuando estaba a punto de quedarse dormida, una de esas extrañas voces errantes que quedan liberadas al perder la consciencia gritó débilmente en su corazón...

-Más se regocija el Bosque por un pecador que...

El sueño la venció antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de que estaba parodiando vilmente uno de sus textos más sagrados y cometiendo una irreverencia atroz.

Y aunque rápidamente se quedó dormida, esta vez, a diferencia de lo que era habitual en ella, sí que soñó, pero no fue con bosques y árboles. Se trataba de un sueño breve y enigmático que se repetía sin cesar. Se hallaba en el mar, sobre una diminuta roca pelada, y la marea iba subiendo. El agua le alcanzaba primero los pies, luego las rodillas y después la cintura. Cada vez que aquel sueño volvía a comenzar la marea llegaba un poco más arriba. En una ocasión le llegó al cuello, y en otra, hasta la boca, cubriendo durante un instante sus labios e impidiéndola respirar. Entre sueño y sueño no despertaba, seguía durmiendo con monotonía, sin soñar en nada durante aquel intervalo. Finalmente, el agua superaba sus ojos *y* su rostro y le cubría del todo la cabeza.

Entonces llegó la explicación; una de esas explicaciones que suelen proporcionar los sueños. Por fin comprendió: bajo el agua había visto un universo de algas que ascendían desde el fondo marino formando un bosque de un intenso color verde: tallos largos y sinuosos, ramas interminables de un enorme grosor, millones de tentáculos que extendían a través de las profundidades acuáticas el poderío de su fronda oceánica. El Reino Vegetal llegaba incluso hasta el mar. Estaba en todas partes. La tierra, el aire y el agua favorecían su crecimiento; no había manera de huir de él.

También bajo el mar escuchó aquel terrible rugido -¿era el oleaje, el viento, voces?-; sonaba a lo lejos, pero acercándose hacia ella sin cesar.

Y fue así, en la soledad de un monótono invierno inglés, como la mente de la señora Bittacy, revolviéndose contra sí misma y alimentándose de sus propios temores, terminó por perder todo sentido de la medida. El mismo clima deprimente y sombrío de unos cielos

sin sol y una humedad permanente que no conocía el tonificante alivio de las heladas se sucedía una semana tras otra. A solas con sus pensamientos y con su marido, y ausente su Dios, contaba los días que faltaban para la primavera. Se abría camino a tientas, tambaleándose por aquel largo túnel. A través de la boca que se abría al otro extremo se divisaba una brillante imagen del centelleante mar violeta de la costa francesa. Allí esperaba la seguridad y la escapatoria para ambos, siempre y cuando ella fuera capaz de resistir. A su espalda, los árboles cegaban la otra salida. En ningún momento miraba hacia atrás.

Se sentía desfallecer. Su vitalidad, sometida a lo que parecía ser un proceso constante de succión, la iba abandonando. Aquella sensación de que le estaban drenando todas sus fuerzas era abrumadora e incesante. Le habían abierto todos los grifos. Era como si su personalidad fluyera constantemente fuera de ella, atraída por una Fuerza que nunca descansaba y que parecía ser inagotable. La atraía igual que atrae la luna a las mareas. Y ella iba decayendo, se apagaba, se rendía.

En un principio se limitó a observar el proceso y a constatar fielmente lo que estaba ocurriendo. Su vida física y ese equilibrio mental que depende del bienestar físico, estaban siendo socavados lentamente. Eso lo tenía muy claro. Tan sólo el alma, como una estrella lejana, e independiente de todo lo corporal, se encontraba a salvo... con su lejano Dios. Lo asumía todo con gran tranquilidad. El amor espiritual que le unía a su marido estaba protegido contra cualquier ataque. Gracias a ello, cuando llegara el *Día del Señor,* ambos volverían a estar unidos. Pero, entretanto, todo lo que en ella estaba vinculado a lo terrenal iba poco a poco desapareciendo. Tal separación se iba consumando de manera implacable. Toda parte de su persona a la que pudieran acceder los árboles se veía sometida a un proceso de drenaje constante. La estaban quitando de en medio.

Pero al cabo de cierto tiempo, esa capacidad de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo también terminó por desaparecer, de tal modo que ya no «observaba el proceso» ni sabía con exactitud lo que pasaba. Su único motivo de satisfacción -el sentimiento de dulzura que le producía saber que estaba sufriendo por su marido- también la abandonó. Se encontraba absolutamente sola frente al terror de los árboles... entre las ruinas de su mente desquiciada y rota.

Dormía mal; por las mañanas despertaba con los ojos cansados y doloridos; padecía continuas jaquecas; sus ideas se volvían cada vez más confusas y empezaba a perder las claves que rigen la vida cotidiana. Al mismo tiempo, fue perdiendo de vista aquella brillante imagen al final del túnel; se fue desvaneciendo hasta convertirse en un diminuto semicírculo de luz pálida. El mar violáceo y el sol brillante ya no eran más que un minúsculo punto blanco, tan remoto como una estrella e igual de inalcanzable. Ahora sabía que nunca llegaría hasta allí. Entretanto, atravesando la oscuridad que se extendía a sus espaldas, el poder de los árboles se acercaba yla atrapaba; se le enroscaba a los pies y a los brazos, trepaba hasta sus mismos labios. En medio de la noche despertaba con la sensación de que apenas podía respirar. Parecía tener hojas húmedas pegadas a la boca y tiernos zarcillos anudados al cuello. Los pies le pesaban como si estuvieran echando raíces en la espesa profundidad de la tierra. A lo largo de aquel negro túnel se extendían plantas trepadoras que le tentaban el cuerpo buscando algún punto al que poder agarrarse con fuerza, igual que hacen la hiedra y las gigantes plantas parásitas del Reino Vegetal cuando se instalan en los árboles para extraerles la savia y matarlos.

Lenta e inexorablemente, aquel morboso crecimiento se apoderó de su vida y la anuló. Hasta los vientos que corrían desbocados por el bosque invernal le asustaban. También

ellos formaban parte de aquella confabulación. Donde quiera que se encontraran siempre la apoyaban.

-¿Por qué no duermes, querida? -Era ahora su marido quién desempeñaba el papel de enfermero, atendiendo a todas sus pequeñas necesidades con una solicitud genuina que, al menos, remedaba los cuidados propios del amor. No tenía ni la más mínima consciencia de la feroz batalla que había desencadenado-. ¿Qué es lo que no te deja dormir y te tiene tan inquieta?

-Los vientos -susurró ella en la oscuridad. Llevaba horas mirando agitarse a los árboles a través de las ventanas-. Esta noche hablan y andan por todas partes, y no me dejan dormir. Siempre te están llamando en voz muy alta.

Durante un instante ella misma se sintió horrorizada por aquella extraña respuesta que había susurrado, pero pronto el sentido de la misma se desvaneció y volvió a quedar sumida en aquella oscura confusión que se estaba volviendo ya un estado casi permanente.

-De noche los árboles los estimulan. Los vientos son sus raudos y grandiosos mensajeros. Síguelos querida... no vayas en contra de ellos. Si lo haces recuperarás el sueño.

-Se está levantando una tormenta -comenzó a decir, sin saber muy bien a cuento de qué venían aquellas palabras.

-Razón de más, querida, para que les sigas. No te resistas. Te conducirán hasta los árboles, eso es todo.

¡Resistir! Aquella palabra accionaba un mecanismo que se hallaba en algún texto que en tiempos le había ayudado.

«Resiste al demonio, y huirá de ti», se oyó a sí misma responder con un susurro, e inmediatamente enterró su rostro entre las sábanas y estalló en un llanto histérico.

Pero a su marido aquello no pareció molestarle. Quizá ni tan siquiera lo oyó, pues en aquel momento el viento chocaba contra las ventanas produciendo un enorme estruendo, y tras aquella ráfaga, desde la lejanía, llegó el bramido del Bosque y entró en tropel en la habitación. Aunque también es posible que ya se hubiera vuelto a dormir. En cuanto a ella, poco a poco fue recuperando una cierta calma abúlica. Su rostro había emergido de nuevo de entre la maraña de sábanas y mantas. Invadida de una creciente sensación de espanto se puso a escuchar. Se estaba levantando una tormenta. Llegaba con una sacudida repentina e impetuosa que hacía imposible conciliar el sueño.

Sola en un mundo turbulento, permanecía tumbada, escuchando. En su mente aquella tormenta representaba el clímax definitivo. El Bosque proclamaba su triunfo a los cuatro vientos; y éstos, a su vez, se lo comunicaban a la Noche. El mundo entero estaba enterado de su completa derrota, de su pérdida, de su pequeño dolor humano. Lo que escuchaba era el rugido y el grito de la victoria.

Porque no había equivocación posible: los árboles gritaban en la oscuridad. También se oía un sonido semejante al de millares de velas gigantescas que ondearan todas a la vez, y de cuando en cuando, unas detonaciones que recordaban al retumbar lejano de unos inmensos tambores. Los árboles estaban erguidos -toda aquella hueste sitiadora se había puesto en pie- y con la barahúnda de sus millones de ramas en movimiento transmitían el atronador mensaje a través de la noche. Parecía como si ellos mismos se hubieran arrancado de la tierra. Sus raíces barrían los prados, los setos, el tejado. Sacudían sus frondosas cabezas bajo las nubes y agitaban sus inmensas ramas con un júbilo salvaje. Corrían a saltos por el cielo con los troncos enhiestos. En aquel espantoso sonido resonaba el caos *y* la aventura, *y* su grito era como el grito de un mar que hubiera roto las compuertas y se

hubiera derramado sobre el mundo...

Mientras ocurría todo aquello su marido seguía durmiendo pacíficamente como si no oyera nada. Era, bien lo sabía ella, el sueño de quien está ya medio muerto. Pues, en realidad, él se encontraba en medio de aquel tumulto atronador. La parte de él que ella había perdido era la que estaba fuera. La forma que con tanta calma dormía a su lado no era más que la forma externa, semivacía...

Y cuando finalmente apuntó la mañana invernal, y a la marcha de la tempestad le sucedió un sol pálido y descolorido, lo primero que vio al acercarse lentamente a la ventana y mirar por ella, fueron los restos del cedro caídos sobre el jardín. Sólo había quedado en pie el tronco, tullido y descarnado. Tendida sobre la hierba estaba la mancha gigantesca y oscura de la única rama que le quedaba; parecía como si un torbellino de viento la hubiera succionado de uno de sus extremos arrastrándola hacia el Bosque. Yacía ahí tirada como el montón de maderos de un naufragio que el reflujo de una marea primaveral hubiera abandonado en la playa; los restos de un magnífico y acogedor bajel que en tiempos debió servir de refugio a los hombres.

Y en la distancia, oyó el bramido de las voces del Bosque, allá a lo lejos. La voz de su marido era una de ellas.